

A

CARMEN NARANJO

63.6

218n

E.R.



*Nunca
hubo
alguna vez*



SIN VALOR COMERCIAL

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY
UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY

Nunca
hubo
alguna vez

CARMEN NARANJO

*Nunca
hubo
alguna vez*

Ilustraciones de Georgina García



EDITORIAL UNIVERSIDAD ESTATAL A DISTANCIA
San José, Costa Rica, 1984

C.R.
863.6
N218m

Primera Edición:
Editorial Universidad Estatal a Distancia
San José, Costa Rica, 1984

42855
397770

21 ENE. 1985



CR863.44
N218n

Naranjo Coto, Carmen
Nunca hubo alguna vez / Carmen Naranjo Coto. -- 1. ed. -- San
José, C. R.: EUNED, 1984.
96 p.; 21 x 13 cm.

ISBN 9977-64-169-2

1. Cuentos costarricenses. 2. UNED - Costa Rica. I. Título.



Impreso en Costa Rica
en los Talleres Gráficos de la Editorial EUNED.
Reservados todos los derechos.
Prohibida la reproducción total o parcial.
Hecho el depósito de ley.

A mis hermanos, Manolo, Mario y Alfonso,
compañeros de infancia.

CONTENIDO

NUNCA HUBO ALGUNA VEZ	11
DIECIOCHO FORMAS DE HACER UN CUADRADO	17
FUE AQUEL DIA	29
EL JUEGO QUE SE JUEGA UNA SOLA VEZ	33
A LOS PAYASOS TODOS LOS QUIEREN	39
EL RELOJ QUE QUIZAS JUGO CON EL TIEMPO	45
CUANDO INVENTE LAS MARIPOSAS	51
ENCUENTRO DE GATO VIEJO CON GATO JOVEN	57
CONTAME UN CUENTO	61
OLO	65

NUNCA HUBO ALGUNA VEZ

Nunca hubo alguna vez, me dijiste aquella tarde casi a las seis, y yo te contesté: sos un puro mentiroso, siempre hay alguna vez, hoy, ayer, mañana, porque el tiempo juega constantemente a alguna vez.

Entonces pensé: una vez es como crear el mundo. Es decir, no había nada, ni ciudad, ni casa, ni familia, ni amigos, ni la dirección de tu casa, ni esa maldita de tu bici que tanto te importa. Es inventar todo de nuevo, así tanto, con la audacia de quien se siente inventor de lo que existe. Vaya atrevimiento.

Hay siempre alguna vez en que se abre una puerta y aparece alguien con cara de conejo. Apareciste vos aquella vez, que fue una vez, aunque te dé la gana negarlo ahora porque estás furioso y tenés cara de conejo bravo, bravísimo, tanto que olés a mono.

Mamá, cuando está tan furiosa como vos, me dice que soy atrasada mental, harta de que la llamen para decirle que no me entra la escritura porque escribo maamamasa, en lugar de esa estupidez de mamá amasa la masa. Lo único que ella amasa es a mí a punta de golpes y regañadas, también pellizcos para decir la verdad completa.

No te enojés tanto, no hay derecho, todos metemos las de andar alguna vez y te aseguro que lo hice sin querer. Si te digo cara de conejo, no es que me burle, me encantan los conejos y la forma en que mueven la nariz, igual a vos, igualito. Está bien, hacé como que no conocés porque sabés muy bien que todo fue cierto y una vez en que fue diferente y hasta me querías.

Sabés el cambio de barrio me cayó bien. En el que vivía antes tenía fama de tortera y mamá de mala madre. Yo no tuve la culpa de los vidrios que se quebraron en la iglesia, que de por sí ya estaban viejos y eran tan oscuros que adentro no se podía ver nada. Mamá dijo que ella no podía pagar los daños por falta de plata, lo que era cierto, en ese tiempo pagaba a plazos el televisor y dos veces vinieron con amenazas de quitárselo. Y para sacárselos de encima, les dijo: si esta mocosa fue la culpable, pues que ella responda y descuente en la cárcel su culpa, yo no tengo nada que ver con sus andanzas en la calle. Y se enojó tanto que hasta palabrotas les dijo, vos sabés ésas que decimos a diario y de repente, así no más porque se nos antoja, resultan como insultos y te apodan malhablada con marca de flechazo, qué pendejada y vos sin saber cómo defenderte.

Y aquí nos vinimos y yo me sentí como recién nacida y cuando me preguntaron cómo me llamaban de veras que quería responder Katia, como se llamaban dos compañeras machas del otro barrio, pero no me atreví porque aquí la mayoría se llamaba Karen, y yo con el simple y ridículo nombre de Josefina, que se hace tan fácil Chepafina, Chepabarata, Chepachapa y Chepalina, como decías cuando me cargabas en la barra de la bici con esa insistencia de que aprendiera a manejarla porque estabas dispuesto a prestámelas cuando no la ocuparas. Puras mentiras de fachento, ahora lo descubrí bien adentro, porque en el fondo estoy resentida con el resentimiento de quien se siente víctima de tus fachentadas.

Pero, a pesar de que digás que no hubo alguna vez y yo me imaginara todo, sé de cierto que no era jabón para tus manos de jabonero porque me dolió con dolor que no comprendieras que hay cosas que se hacen sin intención,

por pura mala suerte y que sucede lo peor ante la esperanza de lo mejor, como cuando te matás por dibujar un triángulo y la maestra con cara de ogro te acusa de que es un rectángulo y vos no podés determinar cuándo y cómo se metió la cuarta raya. Así me pasó. Qué bruta de optimista soy yo. Pensé que te preocuparías por mi blusa rota y el chichón que me sangraba en la mente. Nada, sólo hiciste el gesto de mejor no haberte conocido nunca.

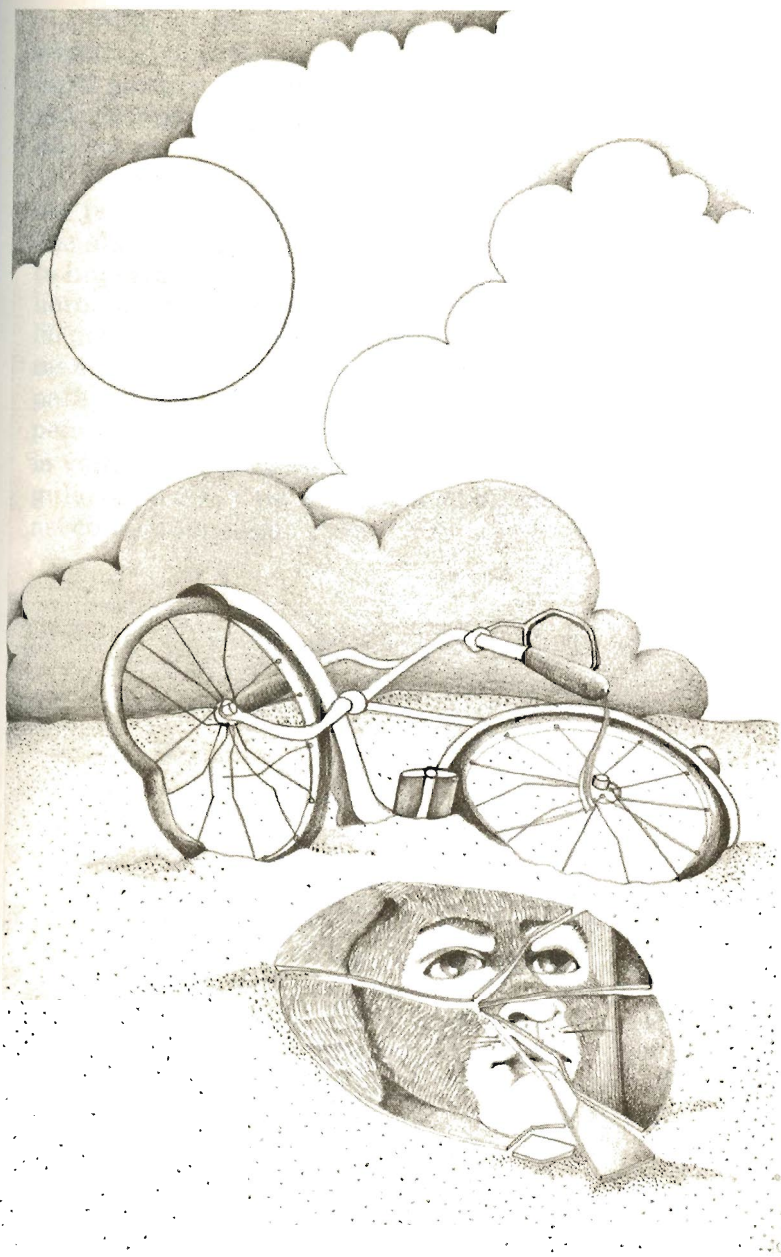
Y me habías conocido antes, cara de conejo egoísta, piensa y piensa en lechugas sólo para él y a los demás que los parta un rayo, ese rayo exclusivo, fulminante, como dice mi abuela, la exageración en persona y afirma que es mejor morir de un patatuz cuando es bien bonito morir se poco a poco y ver las lágrimas de los demás mientras en una cama bien arreglada te despedís con discursos de último momento en que recalcás que te vas en un viaje largo para nunca volver. Mi abuela cada navidad hace el discurso de que nunca más estaremos juntas en otra navidad igual, porque ella achacosa y con esa asma de pitos cuando llueve o hace calor o se enfría del pecho, apenas si llegará al próximo julio en que llueve cundido desde temprano. Algún día se cumplirá lo de la abuela, pero este año no, ya estamos en octubre y ahí va con su asma a cuestras.

Sé que no te interesa, pero había pensado en qué regalarte para mi cumpleaños, porque yo hago las cosas al revés, cuando deben darme doy, un foco para atrás, grande para que todos vieran donde ibas con toda tu pretensión que no cabe en un puño entero. Ahora no te voy a dar nada, de por sí decís que nunca hubo una vez y me tratás como si no me conocieras, cuando muy bien sé que me querés y hasta un beso me hubieras dado si no quito a tiempo la cara por puro miedo a tu nariz de conejo y a su cosquilleo. También de por sí no hubiera servido el tal foco trasero.

Y para que sepás lo que pasó, según mi versión, que es la versión de la víctima, voy a contarte los detalles y hacer mi propia defensa. Las cosas que sucedieron fueron parte del destino, porque uno nace tortero y muere tortero. Yo no quería andar en bici, me bastaba seguirte en mis

patines, inventar mi propia bocina y creer que iba a una velocidad de superestrella. Vos fuiste el que me rogó que lo hiciera. Maldita hora en que me dejé embaucar. Aprendí mal manejar porque vos me decías que lo hacía perfecto y te daban risa mis luchas con el equilibrio y aquel malmatarme con los frenos que tocaba de repente y me dejaban en el suelo con raspaduras que no hubiera deseado ni a mi maestra. Cuando te dije: ahora sí, ya no tengo miedo, hasta me diste un empujón, sin saber que yo había decidido no usar esos malditos frenos que siempre me desmontaban como si la bici fuera un potro a punto de domar. Evadí, con habilidad de manivela, dos autos con aires de pantera, pero al camión sí que no pude, ocupaba toda la calle. Vi al chofer con cara de espanto, diciendo que me apartara, pero no pude, te lo juro que no pude, porque hasta ganas de vomitar me dieron. Entonces frené, frente a frente, separados por milímetros, y entonces, casi por milagro y porque mi ángel de la guarda es un tipo ejecutivo y eficiente, me clavé por encima de las enormes ruedas y caí como se caen las guayabas maduras en la tapa del motor que hervía. Te acordás, era un día de mucho sol, pero ya vos no te acordás de nada, cara de conejo ingrato, porque sólo viste, como cualquier egoísta graduado en altanería tu pobre bici diferentísima, con las manivelas bizcas y las dos ruedas tan planas como si no hubieran sido nunca ruedas. Los focos y el espejo eran un puño de cristales que cualquier escoba podía barrer en un montoncito. El asiento parecía comido de ratones con los resortes que aun temblaban, los únicos chunches que podían servir de lo que fue en tu historia personal la bici que te trajo el Niño, después de mucho pedir y de mucho soñar.

Y cuando llegaste, mientras la gente, la buena gente me daba espíritu de azahar, me tranquilizaba y me consolaba conque era un milagro que estuviera viva, vos, cara de conejo con lágrimas en los ojos, recogías pedazo a pedazo lo inservible, y te volviste con furia de ganso impertinente a decirme no te quiero ver más en mi vida y olvidate de que hubo alguna vez, porque nunca hubo alguna vez. Y cuando dijiste lo último, a manera de escupida, sentí hasta tu saliva salpicar mi cara.



Sigo insistiendo en verte cara a cara, conejo de mi esperanza, aunque crucés la acera, aunque me desconozcás en el parque, aunque me tratés como si no nos conociéramos, aunque te empeñés en demostrarme que nunca hubo alguna vez.

Por eso te escribo esta carta, cara de conejo disfrazado, porque de conejo no tenés cosa que se parezca, salvo ese aleteo de tu nariz grandota huele que huele lo que no te importa, para decirte confesarte si se quiere que me dolieron las raspaduras, los chichones, la sangre que me salió por la nariz, el diente que perdí, el de adelante que mi mamá dice que costará miles de pesos reemplazármelo para que no me vea la gente como de pura raza en la más penuria pobreza. Pues sí, lo que más me dolió fue la bici, la verdad más desgraciada era que yo también estaba orgullosa de ella y de que entre su dueño y yo hubiera algo así como hubo alguna vez.

DIECIOCHO FORMAS DE HACER UN CUADRADO

Aunque alguno no lo admita, es cierto que Pepe es el muchacho más entretenido del barrio. Tiene una inventiva inagotable y le saca punta a la cosa más chata, pues no espera ni la oportunidad ni la invitación a la propuesta de solución, tiene en los labios la mejor iniciativa, el plan más perfecto de distracción, el juego divertido o la aventura difícil que al final termina en una hazaña única y feliz.

Las circunstancias lo favorecen: es el hijo menor de once varones, todo un equipo de futbol, y sus hermanos le ríen las gracias y hasta son cómplices o colaboradores de cuanta entretención propone. Sus padres lo celebran como un pequeño diablo, hábil, inteligente y capaz de alegrar a cuantos lo rodean. Vive en una casa grande, con una amplia zona de juegos, en donde a nadie le importa si se hace bulla o se ensucia el piso. Y todo eso no es nada, porque lo dejan tener dos perros de cacería que lo siguen el día entero y en la noche vigilan su sueño al pie de la cama. Son inseparables de Pepe, lo acompañan a la escuela y lo esperan a la salida. Cuando lo saludan, rabo en movimiento, parados en las dos patas traseras, se ven más al-

tos que él y sin embargo no lo botan. Luego le lamen la cara y se sonríen enseñando sus grandes colmillos. Los ha entrenado en tal forma que parecen adivinar sus órdenes, pues se levantan y asustan cuando él lo quiere o hacen de escoltas muy corteses o te registran los bolsillos o te botan y te huelen en el suelo, según los deseos de su amo, el Pepe en persona que sólo se ríe por lo que hacen y luego los llama Poder y Estado para que se estén quietos. Le pregunto por qué les ha puesto esos nombres y responde que son perros políticos, líderes de los demás. Asegura que él no les puso el nombre, sino que así se los llamó en una convención que tuvieron los perros de todo el país, a la que asistieron los callejeros y los domésticos, a los que les costó salir de casas y jardines.

Y cuando le da la gana, Pepe ladra perfecto, se mueve en cuatro patas y alborota a los perros de todo el vecindario, incluso los suyos.

Para la época de las lluvias cerradas, cuando se amanece y se anochece sin que pare de llover, cada amigo lleno de gripe, con toses y dolor de músculos, acalenturado y con los ojos llorosos, fue que Pepe envió un mensaje con sus perros: Carlos estoy en cama y aburrido no querés entrar al certamen de las dieciocho formas de hacer un cuadrado el asunto es simple inventás las formas que podás y el sábado las metés en este mismo sobre por la hendidura de mi puerta. He mandado un mensaje igual a todos y el domingo veo quién ha ganado para que el ganador reciba como premio mi colección de soldaditos de plomo que ya a mí no me interesan claro si lo gano yo me quedo con los soldaditos.

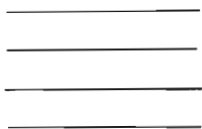
Al principio boto el papel porque con mi dolor de cabeza no tenía ganas de seguir los pasatiempos de Pepe, pero después lo recojo, porque no había otra cosa que hacer. Agoté los libros, los crucigramas y mamá encerró la tele porque ya tenía los ojos muy hinchados.

Dieciocho formas de hacer un cuadrado, no era tan difícil y podía entretener, aun cuando el premio no resultaba estimulante, la mayoría de los soldados despintados y torcidos, no se ponían de pie y había que moverlos con las manos, además, ¿cuál seguridad daba la decisión?

Pepe, también participante, era el único juez. Sin embargo, el desafío de encontrar las dieciocho formas me interesa.

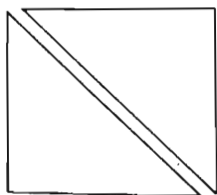
El cuadrado es una figura perfecta, sus cuatro lados miden igual. Cuatro líneas iguales unidas en sus puntos iniciales y finales forman un cuadrado, así:

1)



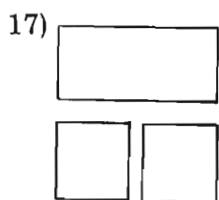
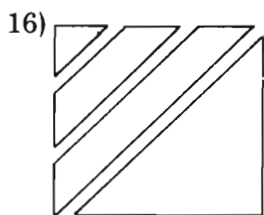
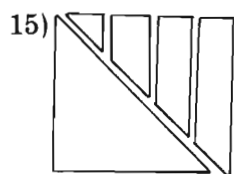
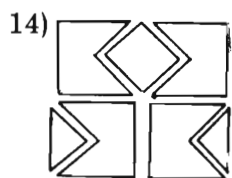
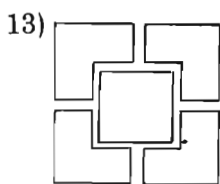
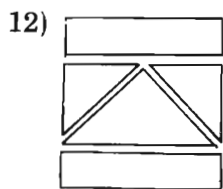
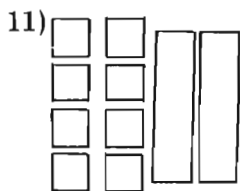
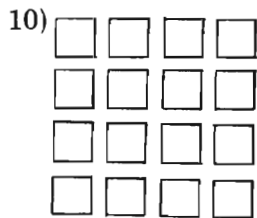
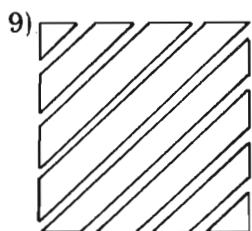
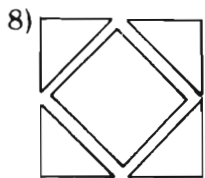
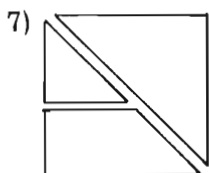
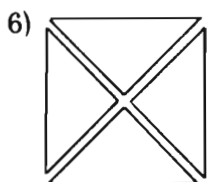
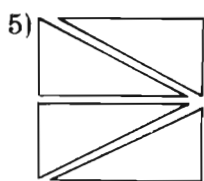
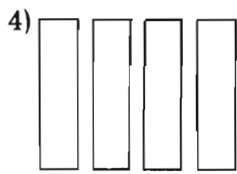
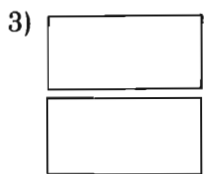
Si se hace una línea vertical y otra horizontal, de la misma medida y entre ellas se traza una línea diagonal para formar un triángulo, con otro igualmente formado, unidos por la línea diagonal se tendrá un cuadrado:

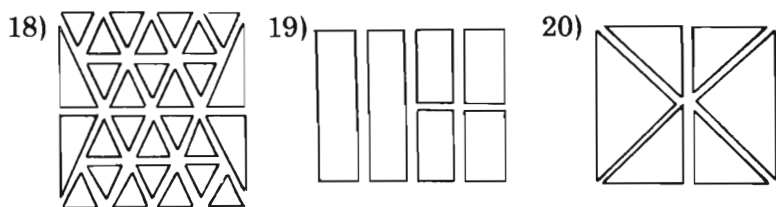
2)



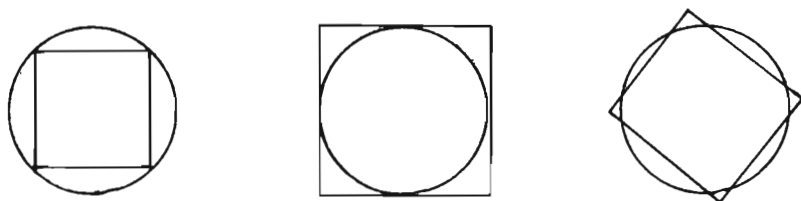
Doy con esas dos soluciones muy fácilmente, tanto que en vez de divertirme la verdad es que me estaba aburriendo.

Entonces se me ocurre, que en vez de escribir, sólo debía dibujar. ¿Dibujar qué? Pienso en lo fácil, recorto un cuadrado y lo divido en diferentes formas, así:





Las veinte formas encontradas con tanta facilidad, sin explorar las posibilidades de los puntos, de las rayas y del círculo, que ya brillaban frente a mis ojos me hacen sospe-



char que no he entendido en qué consistía el concurso de Pepe, el truco no podía ser tan liviano y algo tendría de dificultad. Mamá, mamá, me podés hacer un favorcito, llamar al teléfono de Pepe, el 21 1881, y pedile que te explique con todo detalle el concurso que está organizando. Pero, Carlos, no estás para esas cosas, si querés volver a salir lo más pronto posible tenés que vencer la fiebre con base en el reposo y mantenerte quedito. Pepe sólo crea problemas y nada con él ahora te va a mejorar, más bien te pondrá peor. Mamá, no me entendés, Pepe también está enfermo y para ayudar a entretenernos inventó un concurso, que puedo hacer en la cama, sin ningún trabajo, pero si no entiendo las bases no voy a ganar y ganar es importante para mí. Llamalo, por favor, y le preguntás si se trata de dieciocho formas de hacer un cuadrado geométrico o de un cuadrado mental. No, no lo llamaré, la junta con Pepe no te conviene ni enfermo ni sano, no me gusta ese mundo de raras comunicaciones que tiene con vos, que si hoy son meros juegos de niños a punto de ser

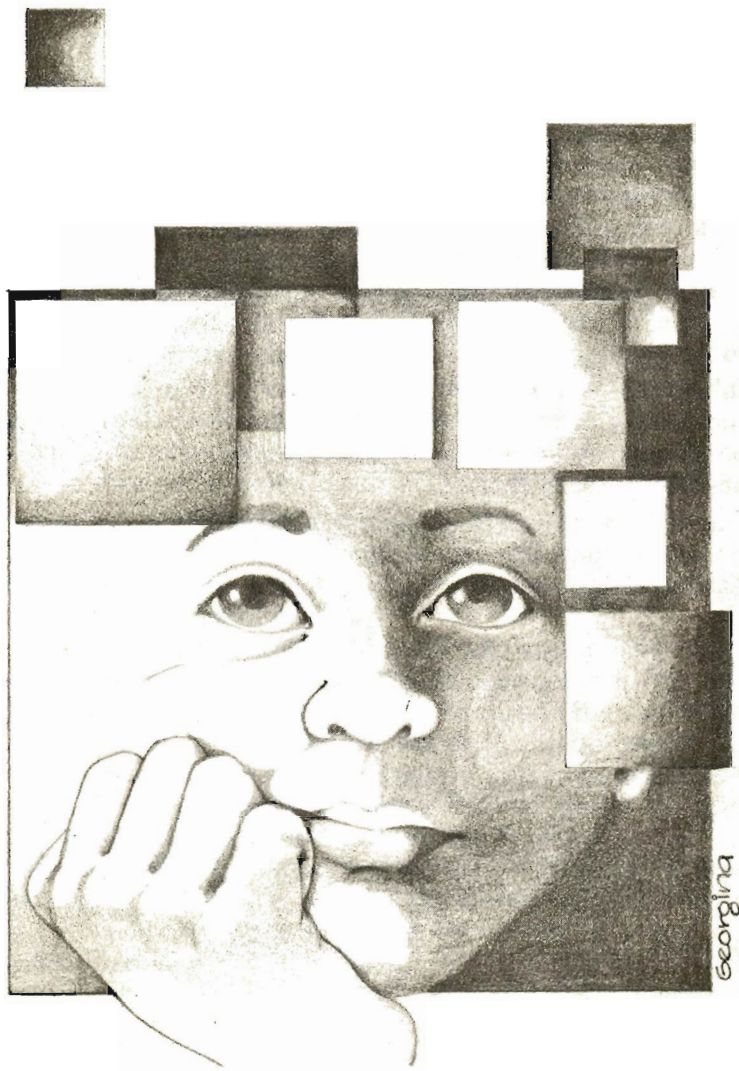
hombres, mañana pueden ser cosas de mafias y asuntos sucios. Cada uno es quien es y no debe ser como si fuera de un grupo, porque eso lo pierde. Si uno no es uno, es nadie, y no te quiero ver así confundido en el montón. Mamá, sólo necesito saber cómo es el certamen, sólo eso, nada te cuesta llamarlo y preguntarle, por favor, por favor. No quiero, no me gusta ni el Pepe, ni sus perros, ni su ruidosa familia.

Y no insisto, para qué, cuando le da por la habladera y los malos presagios se vuelve una bruja completa, porque a veces es bruja incompleta y entonces se parece más a la mamá que uno tiene en la mente y es la mamá que todos adoramos.

Logro convencer a mi hermanilla, que no quiere al principio porque llueve y padece de perezas, al final accede pues tiene interés en que gane el concurso y le dé la mitad de los soldaditos. Espero un largo rato y me trae de respuesta que recibiré un mensaje con Poder y Estado en la mañana porque si los mando ahora se van a resfriar. Ves, es más considerado que vos, además me fascinó su cuarto con un montón de fotografías, con faroles del parque, con las señales de tránsito de pare, no hay vía y cuidado curva peligrosa. Y ¿sabés?, su mamá me pasó sin más ni más al saber que iba de parte tuya, al Pepe nada le prohíben y la familia es como su propia pandilla.

Bueno, a esperar durante la noche y eso me da cólera porque si hubiera tenido la aclaración habría avanzado en las soluciones. La noche ayuda en paleta, posee una forma extraña de abrir puertas cerradas. Me duermo impaciente, inquieto, se me va la calentura y me viene el frío, me desvelo largo rato y vuelven los sueños en que los cuadrados son de gelatina, y se deshacen, desbordan las líneas, untan el espacio y todo se va llenando de nubes, pesadas y sucias.

Bien temprano aparecen Poder y Estado, abro la ventana, llueve, el papel viene mojado y los perros también. Me dice: idiay pedazo de tonto se trata de un cuadrado mental los geométricos a nadie le importan y recordá que hoy es sábado y decido el concurso el domingo tu amigo que te quiere Pepe.



Ajá, el cuadrado mental se hace en diferentes casos y situaciones, cuando fuimos en aquel paseo de dos horas de autobús llegamos a la conclusión de que todos alguna vez nos volvemos cuadrados, sin salida posible, frente a circunstancias que nos disminuyen y acorralan. ¿Qué casos citamos? La memoria no me da. Me voy a montar de nuevo en el autobús para recordarlo todo. Iba con mi maletín, pantalón café y blusa de rayas. Una maestra al frente, en primera fila, otra maestra atrás, para sostener una vigilancia cruzada. Pepe al principio estaba triste, porque había dejado solos a Poder y Estado. Más tarde, cuando cruzábamos el puente largo, me propuso que jugáramos a situaciones especiales, él describía una y yo después otra.

Ya recuerdo: contó de primero cómo se volvió un día en un cuadrado mental. Fue en la calle, una señora le preguntó dónde estaba la estatua de Bolívar y él no sabía la respuesta, pero con enorme seguridad le afirmó que en el centro del parque que estaba dos cuerdas a la izquierda. Ella indagó por su edad y le dijo que once años ya cumplidos, que mal cumplidos le replicó la señora porque parece que no sabés nada ni distinguir ni leer, en el centro de ese parque lo que está es el monumento al indígena. Y lo miró como si fuera el niño más ignorante del mundo, nunca había olvidado esa mirada, todavía al recordarla sentía una gran humillación.

Sin embargo, Pepe contó sonriente su historia, aunque era triste y por sus palabras parecía dolerle. Esa fue la primera vez que mencionó lo de cuadrado mental. Otra vez dijo que Paco era cuadrado por la forma de comer, se comía primero lo que no le gustaba y lo rico lo dejaba de último, sin darse cuenta de que corría el riesgo de que cuando llegara a lo bueno ya no tendría hambre.

En el cuadrado mental se da una intención inicial que se encierra dentro del caso para que se descubra el error y ese error nos deje en la situación incómoda de tonto, de mentiroso, de inútil o de incapaz.

Con esas cosas claras, tomé mi cuaderno:

- 1) *Hace uno de cuadrado mental cuando miente sin pensar bien la mentira y fácilmente se descubre.*
- 2) *Cuando dice una fachentada tan grande que crea sospecha y a la hora de la prueba no hay forma de demostrarla.*
- 3) *Cuando se las da de experimentado en algo que se desconoce.*
- 4) *Cuando elogiás algo que no te gusta y te lo regalan.*
- 5) *Cuando te escondés tan bien escondido que no te encuentran y seguís escondido cuando se acabó el juego y ya se está jugando otra cosa.*

Estoy pensando el sexto y mamá me interrumpe con el almuerzo: un huevo tierno con tostadas y gelatina. Me pregunta qué escribo y respondo ejercicios de caligrafía para perfeccionar la letra como me lo recomendó la maestra. Estoy haciendo de cuadrado mental, pero esa forma es muy difícil de describir. Me encuentra afiebrado y me unta mentolato por lo que apesto a unguento. Me como todo bien rápido para que me deje en paz.

- 6) *Cuando no decís que te joden varias cosas y las seguís aguantando toda la vida como si te gustaran.*

En la sétima forma me trabo, no se me ocurre nada. Entra mi hermanilla con un cómo vas y ya terminaste, por lo que para darme importancia le leo lo que tengo y le aseguro que sólo por pereza no he escrito las otras doce formas que ya he pensado. Contámelas, pero le digo que me deje solo, quiero dormir un rato.

- 7) *Cuando frente al espejo, sonriendo y buscando los mejores ángulos, llegás a creer que sos bonito.*

- 8) *Cuando te dicen un elogio que no merecés, lo repetís y llegás a sentirte orgulloso.*

Y me duermo sin querer porque los ojos se me cierran y no puedo dominarlos. A veces los ojos son como los guerrilleros de nuestro propio cuerpo, nos obligan y dictan reglas de su gobierno, ajeno a lo que queremos.

Ya despierto a las cuatro, papá me trae café con galletas de soda y me pregunta cómo voy y si no me aburro. Pues como aburrirme no, pero preferiría estar bueno. Me lee un cuento, que me parece larguísimo y aburrido, aunque me enterece su deseo de distraerme. Al fin se va.

- 9) *Cuando te das cuenta de la trampa y caés en ella por puro descuido.*
10) *Cuando te hacen trampas y no te das cuenta.*

Las seis, casi una hora tardo en pensar dos, y repaso las cosas ridículas que me han pasado a mí y a los demás. La casa de Pepe la apagan a las nueve y a mi hermanilla no la van a dejar salir después de las siete. No voy a participar, de por sí es una jarana.

- 11) *Cuando te proponen participar en un concurso que está ganado de antemano.*
12) *Cuando ocupás tu tiempo en cosas como éstas.*
13) *Cuando pensás en la forma de hacer un cuadrado mental.*
14) *Cuando te vestís de última moda con la ropa de tus hermanos mayores, diez años más viejos que vos.*

El reloj da las siete y media, ya mi hermanilla ha sido enviada a la cama y mis padres me dan la última inspección antes de meterse a la cama a ver tele, llueve con tormenta y me faltan cuatro casos de cuadrados mentales, me doy por vencido, sé que estoy perdiendo y en ese concurso no hay la menor oportunidad de ganar.

- 15) *Cuando te sentís vencido porque la tuerce te marca un destino de constante derrota.*

Me duele el estómago y siento ganas de vomitar, me surgen dudas y me confundo entre el cuadrado mental y el espiritual.

- 16) *Cuando te decidís a creer en un dios que tiene cara de autoridad y te pone notas en tu cuaderno de calificaciones.*

Ya son las diez y la casa de Pepe está oscura, lluviosa y húmeda, estoy descalificado, no puedo poner el sobre con las dieciocho formas de hacer un cuadrado mental, pero estoy enfiebrado en lograr las dieciocho soluciones y sólo me faltan dos.

- 17) *Cuando te sentís ventana y sos sólo pared, un muro que no te deja ver (tengo una confusión y no distingo entre pollo y gallina, creo que estoy muy enfermo y me siento gallina siendo pollo, o a lo mejor soy gallina siendo pollo, como en el juego de las mentiras que se hacen verdades).*

Y entonces llego a las once, en que llueve con rayos y truenos, con goteras que enfrían más el cuarto.

- 18) *Cuando te aplauden porque sos zorra y vos creés que te aplauden porque sos estrella.*

Al fin llego al final de los finales. La noche está cerrada y oscura, con suerte me mojaré poco si corro hasta la puerta de Pepe y meto el sobre.

Cuando me despierto en el hospital, después de muchos días dicen que entre la vida y la muerte, mi hermanilla me cuenta que no gané el premio, pero sí una mención de reconocimiento al esfuerzo, porque soy el perfecto cuadrado mental del barrio. Me lo merezco por bruto,

aunque en realidad no me importa, no andaré ya nunca más detrás de las inventivas de Pepe, como dice mamá si uno es de grupos deja de ser uno, es de otro.

19) *Cuando te creés alguien por querer parecer-te a otro.*

FUE AQUEL DIA

Claro que me acuerdo, fue aquel día de los temblores. Primero empezó despacio como que apenas se mueven un poquito las cosas y después tan fuerte y rápido que todo lo mal puesto se cayó. Quedé temblando un largo rato, con las rodillas flojas y si alguien se movía o un viento animaba la lámpara de mimbre, me daba un vuelco el corazón y estaba de nuevo lista a correr hacia cualquier parte.

Sí, fue ese día cuando me enseñaste tu colección de recortes, vos como querías ser en las diferentes etapas, vestida de uniforme con dos trenzas largas y el pelo lacio, vestida de novia con tu vestido blanco y una cola llena de velos, vestida de calle para hacer compras, vestida de oficinista por si tenías que trabajar, toda tu vida en la colección de recortes. Te pregunté cómo podías tener unas veces los ojos azules, otras verdes y las más negros, cuando los tenías café, y cómo te las ibas a arreglar para que tu pelo rizado y negro apareciera rubio, pelirrojo, castaño y hasta casi blanco. Me dijiste que para eso eras mujer y las mujeres podían arreglarse para aparecer totalmente diferentes según las circunstancias. No te has fijado cómo tu

mamá cambia cuando recibe visitas, además de que se esmera porque todo esté limpio y en orden, hasta embellece los rincones que nunca le habían preocupado, y se pone ese vestido de casa que sólo usa en ocasiones especiales, y no te has fijado cómo se maquilla para ir de compras y cómo se empolva la nariz cuando le llega el turno a una para que la vea el médico, y eso no es todo ni lo hace sólo ella, sus amigas tienen la misma costumbre y hay una que se pinta el ojo según el vestido y hasta de color rosado se lo pone, claro a mí no me gusta ese color y jamás me lo pondré.

Y me enseñaste cómo serías en las diferentes ocasiones y llegamos hasta los recortes de vos abuela con el pelo blanco azulado, delgada, sin arrugas ni papada, parecida a las abuelas del cine pero ni cercana a la tuya y a la mía sobre las que se puede jugar un rompecabezas.

Y no me quisiste enseñar las últimas porque dijiste que son secretas y muy íntimas, tanto que yo sólo las vi la vez que las recorté y pegué.

Sí fue el día en que tembló tan duro. Como vos tenías más miedo que yo y no te animabas a subir a tu cuarto, se me ocurrió de pronto registrarte aunque me dio la corazonada de que otro temblor podría castigar mi curiosidad. Pero la tentación era mayor que todo. Ahí estaba tu álbum, tal como lo habías dejado, en la esquina del cajón en que guardás tus cosas exclusivas. Me fui directo a las últimas páginas y ahí estabas, ¡qué bárbara más bruta!, metida en el ataúd y dormida, el dibujo del libro de Blancanieves, que alguien había violado como dijo la maestra y castigó al grupo entero para que confesáramos quién era y vos, cara de mosca muerta, parecías la más indignada y hasta lloraste porque al no confesar la ladrona todas resultábamos culpables, ¡qué vergüenza!, decías y aún recuerdo tu voz temblorosa, pedazo de hipócrita. Y en verdad mutilaste el libro porque además de Blancanieves en el ataúd, recortaste también el del Príncipe cuando la besaba y después seguían las figuras de ángel, puro consuelo porque vos no te vas a ir nunca al cielo. ¡Qué esperanza! Ahora sé que te gusta robar, mentir y hacer quedar mal a todas sin consideración de ninguna especie.



Sí fue aquel día que te me viniste abajo, igual al jarrón que se quebró, por eso me fui de inmediato a mi casa y le conté todo a mi papá, a quien le hizo mucha gracia lo de tu álbum de recortes.

Desde entonces aprendí que detrás de una realidad puede haber otra y eso no me gustó nada porque yo pasaba mis esfuerzos por decir siempre la verdad, mi verdad, pero más adelante pensé que vos eras interesante porque hasta papá se rió de tu ocurrencia por verte en diferentes tiempos y hasta de ángel.

No te acusé porque no soy cuchareta, pero no te volví a hablar y me mandaste a preguntar y dije con sinceridad que sos mala compañía, hipócrita y ladrona. Como pidiéndome cacao, me devolviste un lápiz que había perdido hace mucho tiempo y del que ya no me acordaba, pero ni eso me hizo cambiar. Y cuando me defendiste aquella vez que me puse furiosa por una mala nota en la respuesta de una pregunta que entendí de buena fe en otra manera, te vi a los ojos y te conté la verdad. Roja te pusiste, no de vergüenza sino de rabia porque yo no sabía respetar tus cosas íntimas, tus secretos y me hiciste avergonzarme, sentirme nigua. Entonces me convertiste en tu verdugo porque aquel día del temblor me apoderé de tus cosas sagradas. Así fue como también me caí del pedestal y me hice trizas.

Ahora creo necesario hacer mi propio álbum de recortes para ver cómo quiero ser de aquí en adelante.



EL JUEGO QUE SE JUEGA UNA SOLA VEZ

Ya casi todos han terminado con su tarea y yo aquí con el tema a cuestras sin poder ni siquiera encontrarle un principio. Rosa escribió sobre una vaca que vuela y lo hizo convincente; Alejandro acerca del río que habla, no me gustó mucho, pero no estaba tan peor; Inés sobre un caballo de carreras que terminó jalando un carretón, igual a una historia que vi en la tele; Joaquín sobre un perro que salvó un niño y al final todos aplaudieron. Yo voy a contar mi propia historia, aunque nadie me la crea, claro que no diré quien soy porque me esconderé bien escondido.

Es muy fácil que te digan, ella y él, andá y lo distraés que te necesita. No lo sofoqués, ni lo hagás hablar mucho, sólo acompañalo, contale algunas cosas y si cierra los ojos te callás y salís silencioso. Y es que ya en esta casa soy un cero a la izquierda, nadie me pregunta qué he hecho, menos si cumplí con las tareas y cómo me siento parece no importarles. No me saludan cuando

amanezco, menos me dicen buenas noches cuando me voy a la cama. Toso y nadie se fija, y si digo que me duele el estómago tampoco se preocupan. Se han olvidado que tengo cabeza para que me pasen siquiera la mano de vez en cuando. Alberto me mira con ojos extraños, esos ojos que siempre pone cuando pierde, como de dolor y de rabia. El pobre nunca supo perder y es que se empunchaba para ganar. Me ve así y le pregunto en qué piensa. Siempre me contesta lo mismo: estoy concentrado en el juego que se juega una sola vez. Y ese juego, qué es, nunca lo he oído en mi vida. Lo estoy inventando con sus reglas y si me seguís preguntando no voy a poder porque me distraés y se me van las ideas junto a la fuerza que necesito para diferenciar cada parte. Pensé y pensé, hasta que di. Ese fregado está planeando un nuevo juego de inteligencia porque el bandido sabe que ese tipo me pone nervioso, quedar de tonto es horripilante y si se juega una sola vez voy a quedar de tonto para siempre. A la hora de comida, le cuento a mamá lo que Beto, el gran tramposo, me dijo y ella se pone a llorar con ahogos, entonces sí le importa la humillación que me está preparando, corro y me abrazo a su falda y también lloro sin lágrimas para que note que soy inteligente y me doy cuenta de que su Betito tiene unos cuantos defectos, a pesar de su predilección, y cada vez que puede me pone una zancadilla porque soy el güila tonto y molesto, al que se debe apearse de una sola pedrada cualquier aire de que ha crecido un poco. Oigo a mamá contarle el asunto a papá y los dos lloran a gritos. Claro, no les puede gustar que me tome siempre de mantequilla, porque el tal Alberto se las trae, es algo así como lo que llaman en los radionoticieros un acaparador, todo, lo que se llama todo, lo quiere para él. Así fue como me quitó, de un solo manotazo, la mariposa más linda que pude alcanzar de milagro. Des-

pués se arrepintió, pero siempre con su risita de darme pelota sólo por un rato, entonces sí que me ofendió. Llegó como si fuera la generosidad en persona y me regaló una mariposilla totalmente desteñida, de un blanco sucísimo y tan corriente que él ya tenía por lo menos dieciocho repetidas. Le dije no, gracias, para que se untara bien untado con aquello de que sabía hacer distinciones.

Y cuando ella y él dejan de llorar, me abrazan y hasta me besan, mientras yo agarro lo que puedo de esos abrazos y besos porque me meto entre los dos, les agradezco esa solidaridad de buena gente, siempre con cierto aire de huérfano que es el que me produce algunas ganancias cuando al fin se fijan en mí, y me siento absorbiendo la colonia de papá que huele a hombre y el perfume de mamá que apesta a casa. Al final de aquella explosión, corren al cuarto de Betito, me dejan solo y con una sensación de que he cargado la mano y también hago trampas porque Alberto tiene sus cosas buenas y yo a veces me las brinco como si no existieran. Es valiente, bastantes veces me defendió en la calle y desafió al que se estaba riendo de mí como un vulgar cuatro ojos, qué bendita culpa tiene este carajillo de tener mala vista. También es inteligente, no lo puedo negar, me resuelve el problema de dos trenes que salen al mismo tiempo, con la misma carga, igual velocidad y llegan en diferentes momentos, eso me ha valido comentarios de muy bueno en las tareas y en los exámenes demuestra una mente en blanco. Y mente en blanco sería si Beto no me advierte que me están tomando el pelo, que es una trampa eso de proponerme como líder del grupo mocososo, que ya tiene un desafío pendiente con los pegaduro caretas que viven a la vuelta de la esquina. Esa esquina que cruzás y te depara lo imprevisto, pues es el barrio pobre de los Aguantafilos que hoy te saludan, mañana

te pegan y pasado te roban mientras te dicen mierdoso burgués fabrica pretextos de granjerías y palancas porque siempre caés bien parado. Y a pesar de sus advertencias, caí en la trampa y me dieron golpe tras golpe, pese a mis lloriqueos y a mi reconocimiento de que eran absolutos vencedores frente a mi absoluta derrota. Y tuviste que salir vos, Albertón, para recuperar mi dignidad remendada, admiré tu voz fuerte, tu mano alzada y ese decir muy alto lo que es con él es conmigo. También te golpearon pero les diste duro.

Cuando mamá nos curó las heridas, mientras nos regañaba por buscapleitos, vi en sus ojos esa admiración que te tiene porque sos muy hombre y el mejor parecido de los dos, pues te salieron juntos todos los rasgos lindos de los abuelos. Yo la he oído cuando después de revisar tus cuadernos te pregunta de quién es esa nariz tan bella, de quién esa boca carnosa y tan bien dibujada, de quién ese cuerpo que crece cada día más esbelto. A mí nunca me ha dicho esas carajadas.

Después de las competencias, sé que te desmayaste cuando ibas ganando porque al final te dejarían regado. Te conozco mosco, pero mamá sí se asustó, con decirte que se brincó la barrera como si hubiera sido campeona en vencer dificultades. Gracias a Dios iba con pantalones, si no el espectáculo de sus canillas al aire nos hubiera sonrojado a los dos para siempre. Y de ahí al hospital, a veces no tiene la más ligera noción de que te gusta el teatro y ¡tanto!, hasta ahora te negás a abandonar tu papel de enfermo.

Y, ¿cómo es ese juego que se juega una sola vez? Me contestaste que era muy simple, ya entendías las reglas y la única habilidad era dejarse ir. Entonces pensé que era un juego de resbalar-se y me quedé tranquilo porque para eso podía



Georgina

practicar con un par de patines o con cualquier cosa que resbalara. Cuando te iba a preguntar más, la enfermera me sacó del cuarto pues ya te estaba cansando.

Esa enfermera me cae regorda, anda tan limpia que me da asco, nunca suda y no huele a nada. Parece una muñeca vacía, muñeca de las feas porque de bonita no tiene el menor pringue, y sólo sabe dar órdenes, hasta a él y a ella los pone en raya con eso de que se debe hacer o no se debe.

Como te sacan y te traen en ambulancia, los amigos y vecinos dicen que vas muy mal, estás muy enfermo y te morirás pronto. ¡Qué gran actor sos, Albert de la serie engaño a todos! Pues sí está muy mal pero no para morir sino para entrenarse, ha inventado el juego que se juega una sola vez y se está preparando, van a ver cómo lo gana y se hace campeón, además de inventor. Albert es capaz de todo. Me miran con desconfianza como si fuera tonto. Y te vuelvo a preguntar por el juego y me decís que para jugarlo hay que llenarse de aire, aire en los oídos, aire en las manos, aire en la boca. La cosa se pone difícil y empiezo con la obsesión de los ejercicios para respirar profundo.

Hace poco se llenó la casa de gente y más gente. Estaba de bote en bote, como una fiesta. Algo estaban esperando y yo también. Quizás ese día el gran Albert estaba por dar una demostración, pero no fue así. La gente esperó y esperó, cansada de que no sucediera nada se fueron muy desanimados.

Después me prohibieron entrar en el cuarto, sin embargo por la cerradura te vi hacer ejercicios de respiración, realmente muy raros, con unos ronquidos que daban miedo. Te veías pálido y cansado, eso te pasa por empuncharte tanto en ese juego que se juega una sola vez.

Días más tarde te compraron un vestido entero, igualito al de primera comunión, que heredé yo pues en la mía, lo único que me compraron nuevo fue la candela y el lazo, el tuyo estaba amarillo.

Hoy me han levantado temprano y me dicen que me vaya adonde la abuela. Me ordenan que me vista de fiesta y no me preocupe, no tengo que ir a la escuela, me recogerán a las doce para ir a una misa dedicada a Albertito, seguro para rezar por tu buena suerte en ese juego que tanto te costó inventar.

La misa estuvo muy bonita, con muchas flores y casi toda la escuela con cara de triste. Le ha dado por llorar a toda la gente y por abrazar y besar. Además por consolar con unas manotas que palmotean las espaldas.

Mamá me lleva de la mano en un desfile que se organiza camino al cementerio. Papá lleva del brazo a la abuela vestida muy de negro. Pienso en Beto, el bandido se quedó solo en casa, seguro terminando de inventar su juego.

Y cuando regreso a mi casa de único hijo, orgulloso de aquella calificación de excelente, felicito a los padres por la imaginación de este niño que debe cultivarse, todos ignoran que conozco a Alberto, que vive dentro de mí y yo estoy aprendiendo a respirar como él, para jugar ese juego que se juega una sola vez.

A LOS PAYASOS TODOS LOS QUIEREN

Si se tratara de verduras, el único ejemplo que se me ocurre es el ajo que viene en manada, envuelto en papel de regalo que cuesta un gran esfuerzo quitar, ese ajo que no me gusta porque pica y deja olor, es colmilludo, cuando lo muerdo entro en calores y sudo las desgracias de una cocina desordenada que me toca ordenar.

Si se tratara de animales, no pienso en los monos ni en los loros, que siempre aparecen en las caricaturas porque se nos acercan y nos imitan, no en ellos ni en los patos, ni en los cisnes, ni en los ratones, ya personajes de fábulas, ni en los gatos y los perros, enemigos por estar desde que nacen contaminados de odio y nunca logran pensar que lo distinto es respetable. Pienso en las lagartijas, tan alegres siempre, tan escondidas y presentes porque dejan la cola afuera, con esa habilidad de engañarnos con la serpiente o con la hoja multicolor que se mueve en el viento. Esa lagartija que ahora se me acerca, alerta siempre al sonido de lo que se cae, de lo que se mueve, nerviosa y ligera levanta la cabeza y observa, curiosa y traviesa, vestida de largo lo que incomoda su rápido movimiento y se pesca muy fácil con sólo agarrarle la cola.

Pero se trata de seres humanos, de gente como yo, a quien le preguntan con tanta frecuencia qué vas a ser de grande. Enfermera, dije una vez, porque a las enfermeras no les ponen inyecciones, ellas trabajan para ponérselas a todos los demás, no se enferman porque deben cuidar a los enfermos y andan con llaves y tienen encerradas en los armarios a las enfermedades.

Enfermera no, mijita, es una profesión muy sacrificada, algo más bonito, más alegre, y pienso en la lagartija, moverme con esa gracia, arrastrarme y alzar la cabeza, creer que lo veo todo, que lo presiento, me asoleo un rato y luego me escurro para esconderme bien adentro de lo verde, con la cola afuera, una hoja más delgada y brillante.

Jugamos a casita, me propone la abuela cuando ya siente que los demás no quieren oír otra vez el cuento que viene contando desde anoche sobre la vida de una amiga suya que apareció ayer muerta en el periódico. Digo que sí y hacemos tortillas de masa verdadera, que ella pellizca y se come porque la pobre abuela siempre tiene hambre y su ropero está lleno de confites y pasteles. ¿Qué vas a ser de grande? Una paseadora, abuela, voy a salir a la calle desde que amanece y sólo ya muy noche regreso para acostarme y volver a salir al otro día, me subo en los autobuses y en los taxis para no cansarme, y cuando sea ya más grande me compro un carro y me largo por una carretera que no termine nunca. Y me ve con sus anteojos empañados, qué vida más descabellada, todo el día en la calle, ¿cuándo vas a comer?

Más tarde con mamá veo la revista que compró en el super y trae modelos de vestidos para ella y para mí. Los vemos despacio porque hay decisiones muy serias, el vestido dura un tiempo muy largo y si no te gusta y te queda mal, lo tenés que usar y usar hasta que se gaste. No voy a escoger así por así, ni dejo por nada que escojan por mí. Dichosa la lagartija que tiene vestido por vida y es el mejor que podría tener, le va a la perfección, ni siquiera se le arruga. Papá dice que no me va la ropa con vuelos, se le caen de flaca que está y se nota que son unos relle-

nos para disimular lo que le falta. Por eso me brinco los vestidos con velos, aunque son lindos y las niñas que los llevan se ven preciosas.

¿Sabés que voy a ser de grande? Una dueña de tienda con todo adentro, telas, vestidos, botones, elásticos, regalos con lazos, helados, confites, lechemalteadas, y cada día te voy a traer una sorpresa, la primera va a ser un sombrero de playa, de paja blanca y un lazo azul. Sólo vendo lo feo, lo que no me gusta, lo demás es sólo mío.

Y el corazón se me llena de alegría porque llega mi tío Jaime, el que hace bromas, cuenta chistes, da vueltas de carnera, se cae y levanta como si nada, desata los nudos bien anudados, recoge las barajas del aire, se saca huevos de los bolsillos y sostiene la bola en un dedo casi por media hora. Todos se ríen cuando viene y papá dice que es un payaso. Al tío Jaime es la persona que más quiero en el mundo, además nunca me pregunta qué voy a ser cuando grande. Aunque cuando llega yo lo sé, muy adentro y de manera definitiva.

Practico con él, el truco de caer y levantarse como si nada, pero a mí me duele el trasero y él me aconseja que lo ponga apenas suavcito y con las manos me sostenga haciendo el ruido de gran cataplún. Me regala unas barajas pequeñas, para mi tamaño, y le digo que voy a amaestrar una lagartija para que baile conmigo.

Todos quieren a mi tío, hasta mi papá que no quiere mucho a las personas, a mi abuela la odia y cada vez que habla de irse dice Dios la oiga, ponga la fecha, que yo la llevo.

Los sábados llega, almorzamos juntos y siempre hay algo especial que le gusta a Jaime, es del único que saben lo que le gusta, a los demás siempre nos dan de lo que hay. Y los sábados son más fiesta que el domingo porque él llega, hace la función y yo tomo parte.

Sí, quiero ser payasa, eso ya sos me contesta mamá pero papá me explica que no hay payasas, a las mujeres nadie las contrata para eso porque son payasas siempre, se pintan y se disfrazan, nadie va a pagar para verlas porque sin entrada se ven de gratis en las calles y en los parques. Me da una rabieta enorme, pero en vez de ponerme

furiosa me pongo muy triste y quisiera ser una lagartija con su propio mundo, sin que nadie la ogligue a ser otra cosa.

Como no podré ser payasa, seré payaso. Y practico y practico con unos pantalones viejos que me regaló un primo, a los que puse unos parches enormes, con una camisa de papá y unos zapatos de tacón alto que mamá ya no usa porque pasaron de moda. Me caigo y me levanto sin que me duela, aunque sí un poquito.

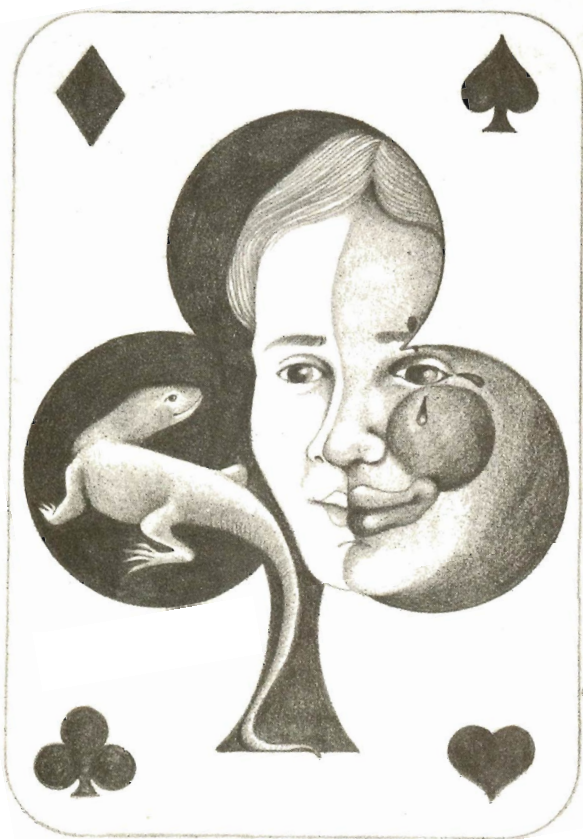
Cuando llegan a la casa las noticias de que doy funciones, digo que no soy yo y hago un chiste, seguro que me parezco a ese payaso lagartijo. Me empiezan a regañar, ahora mismo me están regañando y también me estaban regañando cuando llegó la carta de la escuela con la mentira de que no dejo dar clase porque me paso haciendo payasadas y no creyeron cuando mencioné a lagartijo.

Papá pone el ceño fruncido, mamá la cara amarga, la misma que pone cuando no le alcanza la plata, la abuela se sienta muy tiesa aunque mueve y mueve las mandíbulas porque está luchando con un confite grande es tan impaciente que no sabe de ese gusto exquisito de ir chupándolo poco a poco y sentir lenta, lentamente que se hace chiquito.

Lo que te ha dado por hacer es muy estúpido y nos duele, sos muy desconsiderada, nos ponés en ridículo con eso de las funciones y de las payasadas en la escuela. No te vamos a castigar ni te vamos a prohibir nada, desde hace tiempo no valen para vos nuestros consejos y advertencias. Igual te trataremos para ver si entendés.

Pienso que no me ha ido tan mal. Ya decía yo que a los payasos todos los quieren. No vuelven los regaños, seguro que los ha aconsejado la sicóloga, a la que me llevaron y me dijo enseguida si querés ser payaso pues a serlo todo el tiempo para que te des cuenta que nadie los quiere y los aguanta apenas un rato.

Estoy sin regaños pero nadie me habla, ni siquiera tío Jaime, quien se está volviendo amargo, triste y callado, y hace muchos sábados que no viene. No me preguntan nada, como si no existiera, tampoco me contestan.



ecorgina

Vaya, la comparsa se ha confabulado. El silencio de la abuela es el más duro porque como se le olvida todo a lo mejor el día menos pensado ya no sabe quien soy.

Me empiezo a sentir mal con mi vestido de payaso, muy mal, y me carga que me llamen lagartijo en la escuela, y basta me dije un día frente al espejo. Al fin aprendí. Me lavo la cara, me quito la harina de las orejas y los talcos del pelo, me pongo los zapatos blancos que van con las medias azules, mi falda de paletones con cuadros blancos y azules y la blusa de organdí celeste.

Ya me conversan y la abuela no me olvidó, se rien y sonríen conmigo. Y cuando me vuelven a preguntar qué voy a ser de grande, contesto que lo que ellos quieran.

Y para que me quieran de verdad, sé que debo ser payasa como quien no se da cuenta de que lo es.

EL RELOJ QUE QUIZAS JUGO CON EL TIEMPO

Ayer pensaron que era apenas un sueño, y aun considero que las cosas coincidentes se presentaron una tras otra de la manera más calculada pero totalmente inesperada. Tenían cinco, no excelentes, sin embargo pasables, levantaban el tono y hasta lograban el ritmo, sin mucho estilo, sin eso de enganchar carros y que bailen al paso de improvisar. Todos oían los discos, los discos que no recogen los problemas de ensayo, las fallas y las desafinadas, no siempre se está en el tono del acierto.

Sabían lo que les faltaba, algo de cuerdas, algo de viento, algo de percusión y mucho de armonía, cada uno se arrinconaba en su propio oído y no oía a los otros.

Un día vieron el camión de mudanzas, entre armarios, sillas y mesas, iba el equipo completo de percusión, con tambores, platillos y timbales. Iban sonando mientras el camión subía la cuesta, cada vez con más huecos perforados por la lluvia y por el sol. Atisbaron todos los movimientos de dos adultos, dos sirvientas y cuatro niños, hasta que te descubrieron Pancho, ya casi entrada la noche, cuando con un disco a todo meter improvisabas un acompañamiento que a veces se adelantaba y otras se atrasa-

ba, pero que hacía lo posible por mover los recursos a tu alcance. Al acabar, con el agotamiento del que apenas se acerca a lo disonante, te tocaron la ventana y Pancho querido te hicieron un inventario de lo que ya tenían: un repertorio de dos flautas y una voz que imitaba al violín y otro que silbaba muy bajo hasta que se le cayeron los dos dientes frontales y ahora estaba silbando con un ruido de maracas con hueco. Y vos, Pancho, abierto a los pasatiempos y al decir pasatiempo pensé en el reloj y en mi problema, dijiste que sí, entrarías en el conjunto, eso era lo que necesitabas para ver si lograbas controlar tu tendencia al desborde.

Entonces vieron descender las guitarras, dos, envueltas en papel de regalo, en la casa blanca donde vivían dos niñas respingadas con olor a jabón de baño caro y unas pecas tan rojas que daban unas ganas terribles de unirlas como si fueran los puntos claves del mapa que correspondía a una isla rodeada de mares.

Las abordaron cuando el autobús las dejó en la puerta y la sirvienta estaba ahí para que enseguidita se fueran adentro, con instrucciones de que no se contaminaran. Les dijeron tan rápido el proyecto del conjunto, que al acabar no tenían seguridad de que hubieran entendido. Contestaron que sí. Una, la más blanca con puntos de mapa cósmico, dijo que ya sacaba los pollitos, y la otra, con una voz pelirroja, aseguró que hacía escalas en la y en el sol.

El día menos pensado vieron a Irene, con un instrumento más grande que ella, pues iba a sus clases para dominar ese chelo porque su mamá se había empeñado en que los sonidos de ese martirio eran los armoniosos del mundo y ella tenía que encontrarlos, lo que se convirtió en pesadilla junto a las matemáticas y la geografía, y aceptaba el conjunto siempre que otro tocara el suyo y ella pudiera probar con el arpa, que era su delirio. Aceptaron el préstamo del chelo y se comprometieron a buscar el arpa, lo que podía ser posible dada la invasión de instrumentos que se estaba suscitando en el barrio.

Al chico de la dulzaina lo encontraron tocándola frente al maizal que había sembrado su padre, quien le dijo

que viniera a cuidarlo todas las tardes y tocara un poco a las matas para que crecieran dulces y abundantes, como crecen las cosas armónicas y suaves en la conspiración de la generosidad utilitariamente usada. Dijo que sí y aceptó entrar en el conjunto, su nombre es Miguel y se le ocurrió ponerle Maiquel el grande. Siempre fue el único armonioso del conjunto.

Después vieron descender dos clarinetes, en la casa donde sólo había un niño, un único hijo, pero con un padre que tocaba en la Sinfónica. Lo llamaron por teléfono y le explicaron los detalles. Dijo que debía consultar a su maestro y entonces lo borraron del conjunto.

Ya eran casi diez, cuando vieron un camión con un piano para el niño que se llama Mauricio. Nos contó que se lo envió su tía rica, porque tengo oído y a lo mejor se me pega eso que llaman ritmo-estilo y puedo inventar algo así como una cosa que se llame neomerengue. Hablamos y nos complicó la vida, nos aseguró que el piano era un instrumento obsoleto, un simple adorno, que lo importante y de ahora son los aparatos eléctricos, los otros que sintetizan y concretizan. El enseñarnos eso fue como divorciarnos del sueño y en verdad nos divorció hasta de nosotros mismos. El sueño nos pareció anticuado, el conjunto artesanal, tonto, fuera de moda, estúpidamente viejo.

Llamamos por teléfono a los demás, hasta las de las pecas con rostros de mapas, para decirles que lo del conjunto fracasó porque había que modernizarlo, ponerlo al tono de la época. Esperen y ya verán y todos se pusieron a esperar.

Mauri nos fue enseñando y enseñando, pero no aprendimos mucho porque era teoría y no práctica, además los camiones seguían llegando, a veces para llevarse muebles y otras para traerlos, pero no venían con los instrumentos que necesitábamos. Llegó el momento en que nos aburrimos y dejamos de juntarnos. Algo nos quedó inválido para siempre.

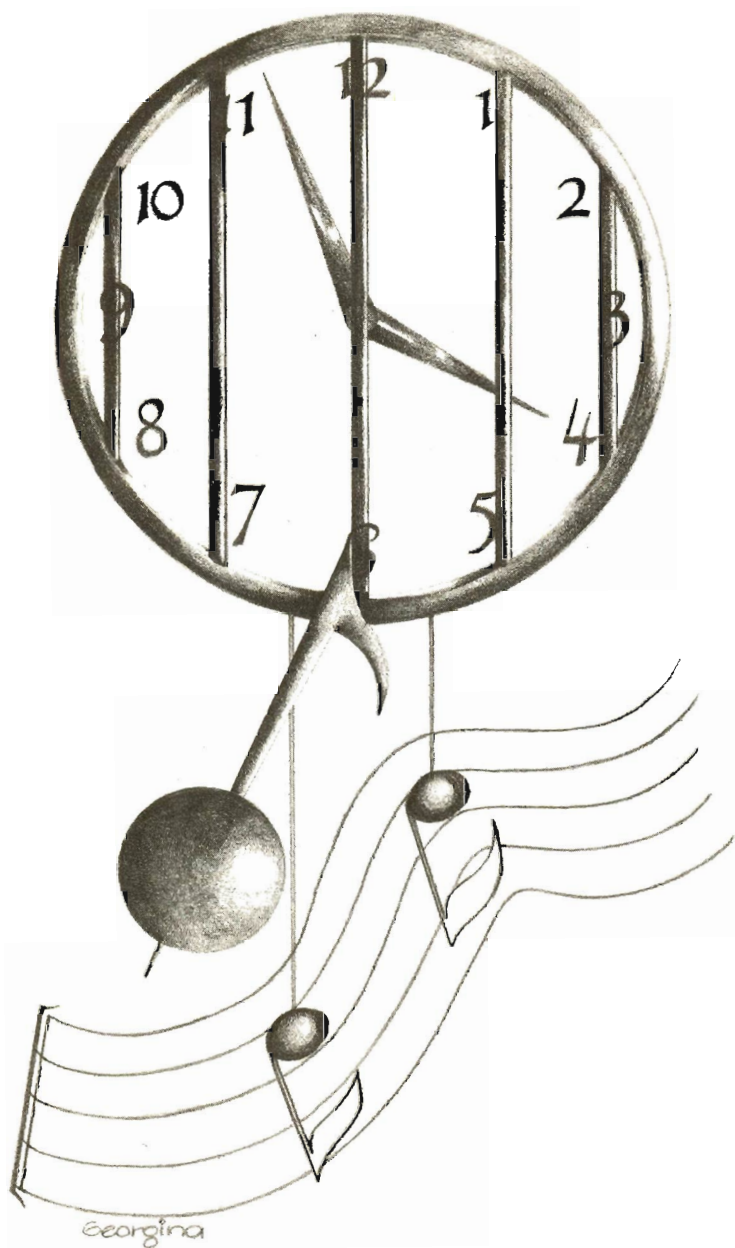
Fue en ese momento en que se hizo patente mi problema, ese problema que se me había pegado a los talones, me retardaba en todo, me inutilizaba cuando era más necesario, me hacía cada vez más lento mientras se requería correr.

Al principio creí que a aquel reloj de la sala principal, con su péndulo y su ruido de corazón asustado, le gustaba jugar con el tiempo. Daba las dos cuando apenas debían ser las diez, o las once y yo sin sueño con los ojos desvelados, bien abiertos. Después tuve la sensación de que lo mismo le pasaba al reloj de mamá, pues gritaba al verlo que era tarde, demasiado tarde, se ponía pálida y la primer cosa que agarraba se le caía destrozada. El único que ya no jugaba con el tiempo, pensé yo, era el del campanario que se quedó fijo en las dos de la mañana o de la tarde, quién sabe por qué.

Pero más adelante pensé que con el tiempo me estaba pasando algo igual que con el conjunto. Todo parecía oportuno, favorable y el hecho de descubrirse que era atrasado, nos impidió vivir la experiencia, tratar de expresarnos con la música, sólo como una prueba de que quizás juntos podríamos alcanzar con fortuna una melodía entera. Pero nada, la conciencia estropeó el intento.

Entonces me metí dentro del reloj para conocer cómo jugaba con el tiempo. La música del reloj es en realidad al principio como la variación de lo siempre igual, que sólo aparenta eso porque cada tic tac es diferente, a veces se oye y de repente suena tan fuerte que te concentra y parece que te perfora, no podés hacer otra cosa que seguir oyendo y se mete en el corazón y en la respiración, al contagiarte su ritmo te va ahogando y hasta sentís el comienzo de la asfixia mientras en la cabeza te repercute con un brinco de venas. Se te ocurre mirar la hora para ver cuanto duró la invasión y apenas si ha pasado un minuto, un mínimo y miserable minuto.

No pude entenderlo. El reloj presente, acusador, unas veces por temprano, otras por tarde, y cuando era lo natural silencioso, casi triste de pasar inadvertido, sin reproches, sin preguntas, sin acosar con qué diablos hacías, por qué esa desconsideración y si no se respetan las horas todo se viene abajo porque el tren salió en punto y nadie espera, la gente tiene su itinerario y si no llegaste a tiempo pues al diablo. Y los relojes se ven cuando nos acusan, cuando no nos dimos cuenta de que avanzan locamente sin cansarse, a veces corren más y otras van des-



pacio, conforme les da la gana, y vos como un esclavo ve y ve qué hora es, sin saber por qué es esa hora y no otra.

Mi reloj, ese reloj del péndulo, juega siempre con las horas de almorzar y comer, y me llaman porque son las doce y yo sin hambre, pero no me llaman cuando ya no aguanto casi a las cuatro y pienso sobre el cuaderno en las grandes ensaladas. Y juega más que todo cuando al acostarme me doy cuenta de que no hice lo que debía hacer el lunes y ya es viernes, me arrepiento de querer jugar con el tiempo aunque es el tiempo el que juega conmigo, y yo no lo quiero entender y por eso ando revolucioando un horario que se cumple sin mi presencia y sin mi voluntad.

Pero, estoy equivocado, totalmente equivocado, el tiempo es independiente y yo soy dependiente, sobre todo de él. Y no juega, invento los juegos con él y pierdo siempre.

Lo peor que me está pasando es que mamá y papá especialmente ella, piensan regalarme un reloj para navidad. Lo sé porque los he visto viéndome mirar el péndulo y seguir su ritmo. Me lo darán, estoy seguro. Ella dice que uno barato, pero él replica bueno para que descubra el valor tiempo, ella asegura que todavía no sé cuidar, él contesta que debo aprender, ella que hay otras formas de enseñar, él que ésa puede ser una, ella que tal vez sea un caso perdido, él insiste en bueno para que no le falle porque vos y yo le fallamos a diario. Y yo les contesto que no me fallará aunque se adelante o se atrase, porque el que fallo soy yo, igual que con el conjunto, pues me llamo Mauricio y tengo un piano de adorno.

CUANDO INVENTE LAS MARIPOSAS

La besé en la mejilla, al fin perdí el miedo y la virginidad, apenas a tiempo, porque ya Nicolás no sólo le había cogido la mano a Ana sino que también la besó en la oreja, le dijo linda y ella se sonrió. Cerré los ojos en espera de la bofetada, era mejor no verla, pero nada. Supuse que Clotilde estaría furiosa, cuando abrí los ojos ella parecía metida dentro de sí misma, distraída en otra cosa, como si soñara o estuviera pensando en algo muy profundo. A lo mejor así se ponen las mujeres cuando las besan o tal vez ni se dio cuenta de que la había besado.

Entonces moviste tu pava desordenada y me dijiste como si despertaras de un sueño: claro, las haré de las piedrecitas porque son lindas y no deben ser tan inmóviles, tienen derecho a volar y que el gris se deshaga en colores.

Creí que jugabas y me hablabas en enredado, pues resulta una forma de ocultar las emociones. Cuando te concentrás tanto en lo que tenés entre manos, se te ponen las mejillas rosadas y los ojos húmedos. Así te pasa cuando hacemos la tarea juntos y te pegás en una suma malhecha, o debemos redactar un ejercicio sobre la vida en

familia y te digo que no pongás la verdad sino lo natural, que tus padres nunca pelean, que se quieren mucho, que todo anda a la perfección y adorás a tus hermanos, pero a vos Clo te da por escribir que hay problemas, serios problemas que no entendés pero son graves y que tu papá cada mes hace las valijas y jura no volverlos a ver y que todos lloran con los gritos y las cosas que se rompen. Y te pasa lo mismo, te llaman a la dirección y luego reúnen a tus padres lo que resulta siempre en que te castigan por andar divulgando las cosas íntimas de la casa.

Y me preguntás con tus ojos inocentes y brillantes: ¿creés firmemente que Dios inventó cuanto existe en el cielo y en la tierra? Claro que sí, alguien tuvo que ser y ése fue Dios. Y ¿no dejó lugar para inventar algo, algo nuevo, que tenga una vida nueva y ande en ese espacio que hay entre el cielo y la tierra? Te contesto que no, todo está inventado y te propongo que vayamos al parque, para jugar bola y así sentir que la tirás con suavidad, con amor y con esa alegría que tanto cuesta que te suba por la cara, mi querida Cloti.

Vamos al parque, pero no me tirás la bola, preferís juntar piedras y confesarme que querés inventar una cosa nueva, algo así como las mariposas. Me decís: te imaginás la felicidad de Dios cuando las creó, cómo le salían de sus manos bailando, cómo se le trepaban audaces por la cabeza y lo hacían estornudar, así como pensar que era un juego de luces y de colores que irritaría a los hombres malos y en cambio a los buenos les depararía mucho entretenimiento.

Y te bajo de las nubes porque las mariposas ya se crearon, las creó Dios y las hizo venir de la fealdad porque primero eran gusanos, horribles y asquerosos gusanos que dan miedo, y sólo podían ser bellas un momento. Te callás, Clotilde, por un buen rato y te volvéis a meter dentro de vos misma mientras acariciás las piedras. Entonces te propongo ir a ver que dan en el cine por si más adelante podemos verla juntos, y no te lo digo pero lo pienso, probar si en la parte más interesante cojo tu mano y oigo que sonreís por dentro que es como te gusta sonreír cuando estás alegre.

Llegamos al cine y me preguntás si Dios también hizo el edificio y la película. Claro que no, pero creó el cerebro humano con capacidad de creación y así el hombre puede hacer cosas secundarias constantemente, pero no cosas fundamentales como la tierra, las estrellas, el cielo y todo lo demás que tiene su propio universo.

Estoy seguro que Clo se enreda demasiado, piensa más de la cuenta y padece de manías, no sería extraño que fuera sonámbula y se levantara dormida a buscar cómo se encuentra algún poder de Dios. Me asustan un poco sus silencios y esa forma que tiene de meterse en un mundo para mí desconocido.

La beso por segunda vez en la mejilla, ya seguro de que no se dará cuenta, mientras Clo inclina la frente para recostarla en el vidrio y contemplar las piedras de anillos, brazaletes y collares que se venden en aquella joyería del centro. No te parece idiota que la gente pague tanto por estas pequeñas piedras mientras las otras, las de los ríos, las de los parques, las de las montañas, las verdaderamente hermosas, nadie las tome en cuenta. Y no te contesto porque estás fabricando inventos bajo esa pava desordenada.

Cuando llegaron los exámenes, te vi pálida y casi febril, sabía que estudiabas como loca porque tus padres no aceptaron nunca una mala nota, ni siquiera regular. Ya para esa época te había besado cinco veces en cada una de tus mejillas sin que te dieras cuenta.

Hablé con Nicolás de hombre a hombre, para saber si todo aquello era válido o no tenía valor alguno para mis experiencias y virginidad. Me contestó que no, no había resultado alguno, porque en todos los casos lo que importa es la respuesta y en el caso de Cloti no había ninguna, ni siquiera se daba cuenta. En el extremo de que sea muy hipócrita y finja no sentir lo que sienta, el hecho de que no se dé por aludida es muy concreto. En la experiencia debe haber intercambio y en tu caso no hay nada, salvo en lo de tu parte que resulta demasiado solitaria. Te aconsejo cambiar, no sólo la Clo existe, está la Cecilia, la Flora y la Tatiana que todavía no tienen quien las acompañe al salir de clase y les lleve los útiles y las deje una cuadra antes de llegar a su casa.

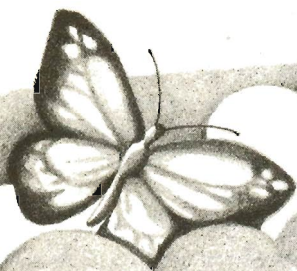
De las tres mencionadas, prefería a la Ceci, aunque andaba con frenillo y era sopeta. Por muchos días y días vi de lejos a Cloti, pero la sentía muy cerca, con su empeño de inventar lo inventado. Y supe, con dolor, que salió pésimo en los exámenes, que casi la malmatan en la casa y que se había echado la pava para atrás.

No fue sino ya casi al principio del curso, que me fui a matricular, cuando juntos vimos la lista de los aprobados en la última oportunidad. Allí estaba ella. Hizo un círculo rojo sobre su nombre con alas de mariposa. Ves, me dijo, cuando me lo propongo, lo logro.

Ya en la calle, le pregunté qué hay de nuevo. Tengo mucho que contarte. Yo también, y pensé en todo lo que le diría de Ceci para darle celos. ¿Nos encontramos a las tres en el parque, como siempre?

Como siempre, pero qué criatura esta Clo, ni siquiera se ha dado cuenta de que ya hace más de seis meses que no nos vemos en el parque, ni nos hablamos, ni la beso en la mejilla.

Desde las dos la espero en el parque y llega a las tres en punto, con una sonrisa por fuera, la primera que le veo. Y ¿qué me tenés que contar? Lo más hermoso que me sucederá en mi vida entera, logré inventar una mariposa. No te podés imaginar lo que es, simplemente maravilloso. Empecé con fe, nada de trucos, pura fe, tiré las primeras piedras al viento y piedras cayeron, tiré el segundo grupo y lo mismo, tiré el tercer grupo sin resultado, pero mi fe estaba intacta, tiré el cuarto, el quinto y el sexto, ya con esas malditas dudas, y el sétimo lo tiré por tirarlo, segura de que no pasaría nada, ¿cómo iba a lograr yo un milagro?, y el octavo casi lo lancé para deshacerme de él, no me quedaba ni una pizca de esperanza. Y ¿qué creés que pasó? Una piedrecita, la que estaba como carcomida, la más triste, la más opaca, empezó a hincharse, a dar vueltas sobre sí misma, y creció y creció como enmarañándose ella solita, parecía que hilaba temblorosa todos los afanes, junto a las dudas y la fe, era un revoltijo espantoso, parecía loca o metida en un pleito de familia, hasta que salió un ala con puntos rojos, amarillos, verdes y azules de puñales, con una textura transparente, y otra



Clotilde

ala que se repetía igual en colores y en formas, ya redondas, ya triangulares, ya de remates armónicos ahí mismo donde parece agotarse la imaginación creativa. Las dos alas iguales sacudieron su deseo de volar y en el centro iba el gusano, completamente embellecido, tan esbelto, tan lleno de color y pudo elevarse, danzar en el aire, embriagarse con la luz y revolotear por encima de todo como si dominara el espacio entre el cielo y la tierra.

Te veo en toda tu belleza y me avergüenzo de haber besado tus mejillas cuando metida dentro de vos misma estabas en pleno acto de creación. La pava ha vuelto a caer sobre tu frente, desordenada y rubia, también era desordenado tu rubor en la mejilla, *repartido fuerte* cerca de la nariz y más débil en el ángulo que se acercaba a los ojos.

Te pido una de las piedras que traés entre tus manos y te propongo con tu fe de milagros inventar otra mariposa. Me decís que sí, que la fe de los dos juntos la hará volar. La tiro con suavidad, con ganas de que no se maltrate, y casi no llega a caer, empieza a volar amarilla con estrellas de azul marítimo y manchas de color ladrillo. Estoy a punto de no creer nada, pero recuerdo que yo te he creado, Clo de las fantasías, y te había besado en el aire de tu presencia ausente, porque *tenía* que vencer mi virginidad estacionada en las Clotildes que no existen y *necesito* inventarlas para besarlas sin que se den cuenta en los largos veranos de mis soledades.

ENCUENTRO DE GATO VIEJO CON GATO JOVEN

Gato viejo se encontró a gato joven en un techo que no era propiedad de ninguno, por eso cada uno se sentó en un cucurucho con cierto derecho de andar en tejado ajeno. Gato joven le sonrió. Era sociable y gustaba de tener amigos por todos lados. Es mejor estar de acuerdo que en desacuerdo. Eso lo dijo toda la vida.

Gato viejo en cambio era un gato jodido, de pocas pulgas en verdad porque tenía la sangre amarga y le sucedieron cuando era muy chiquillo, aun después, cosas terribles.

Huérfano desde que nació, de padre desconocido, tuvo que defenderse desde el mismo principio, cuando era un gatito de ojos azules, de pelo sedoso y aun no podía maullar. Casi de un mes, alguien le majó el rabo y por eso no podía levantarlo ni cuando lo asustaba un perro o lo desafiaban a combate. A los seis meses por una novia majadera que lo llamaba día y noche, perdió uno de sus ojos azules. De un rasguño feroz, se le cerró el ojo para siempre. Sólo le quedaron las pestañas encrespadas y un aire de pirata.

Su nariz respingada, con dos cicatrices abombadas, hablaba de derrotas y victorias, que no siempre perdió

porque afiló las uñas en cada rato libre. Además se entrenó muy bien en eso de sorprender, de caer sobre la presa lateralmente, del lado del ojo bueno, y en eso de hacerse completamente el muerto cuando ya estaba decidida su derrota.

A gato viejo no le importaban las enfermedades, porque las había tenido todas: tos ferina, difteria, envenenamiento por comerse una rata envenenada, disentería, laringitis y un catarro tras otro, además de pulmonía. Y como si fuera poco, era un experto en aguantar hambre, al punto de que perdió el gusto por la carne, la leche, el queso. Aprendió a escarbar y comer lombrices como las gallinas, a saborear el pasto con la paciencia de las vacas, a cazar moscas con la rapidez de cualquier insecticida y a hurgar en basureros para saborear desperdicios y restos de comida fermentada.

Y a pesar de su vida sin casa ni cosa que se le parezca, gato viejo luce saludable con sus dos orejas comidas por una sarna, que venció cuando ya corría por su oído interno con una música de zumbidos que no le gustó para nada. En la tarea perdió pedazos de oreja y un poco de su apariencia de gato entero.

Gato viejo no devolvió la sonrisa a gato joven. No fuera a ver que le faltaban los dos colmillos delanteros.

Gato joven se le acercó sonriendo más abiertamente y con un movimiento coqueto de cola que gato viejo admiró con plena sinceridad. Le dijo quiero ser tu amigo, me gusta la experiencia que se te ve por todo el cuerpo.

El elogio es arma que abre puertas. Gato viejo suspiró complacido. Con voz de bajo, esa voz que dice o o o con ecos de caverna, sin abrir mucho el hocico para que no se notara la ausencia de muchos de sus dientes, dijo qué puede querer de mí un gato joven tan apuesto que empieza su vida y se nota que tiene más de lo que necesita.

Gato joven tenía en verdad más de lo que puede aspirar un gato que sueña: hogar, linda dueña que lo llamaba tesoro, cinta roja y cascabel de plata, almohadón de plumas, comida de tarro con vitaminas, siesta en el jardín mientras disimula las ganas que le tiene a los pájaros que saltan de rama en rama, y regaños porque se revuelca en el pasto para perder ese olor apestoso de talcos con que lo cargan cada vez que le descubren una agradable y traviesa pulga.

Pues me interesa la libertad que se te ve en tus gestos, dijo gato joven a gato viejo, yo vivo bien pero condicionado a ser siempre gato lindo y mimado como un juguete. Siento que carezco de tus aventuras, de tu sabiduría, de esa vida que se adivina en tus cicatrices.

Gato viejo se sintió mal, muy mal, tuvo ganas de vomitar. Así que sus cicatrices se veían. El con su único ojo las miraba con un disimulado consuelo. Había llegado a la conclusión de que los otros no se fijaban y lo pasaban por un gato cualquiera.

Pero ahora ese aprendiz le venía a confesar que su vida, su vida tan ingrata, estaba expuesta a que cualquier gato afeminado y compuesto la viera entera y de un solo vistazo. ¡Qué ingrato le resultaba que lo miraran tan afuera y tan adentro!

Gato viejo contestó que las apariencias engañan, siempre engañan jovencito, y al decir jovencito tomó un tono de maestro que lo engrandeció en su cucurucho. Entonces se quiso volver falsamente modesto y habló sobre la sabiduría que no dan los años, hay gatos viejos muy estúpidos, sino el vivir de frente con cierto aire de soberbia y mucho de valentía.

Eso es lo que quiero, gritó gato joven, que me digás como se vive así, porque yo soy un gato pendejo, no me han dejado vivir ni ser un gato legítimo.

Gato viejo entendió en ese momento su vida entera, por eso parpadeó su ojo abierto, azul de azul de cielo.

Muchachito, le dijo, cada uno tiene un destino y el tuyo es de gato casero, que no es del todo malo si pensás en cómo está la situación de difícil y la estadística sobre los muchos gatos que quieren ser gatos en un mundo sobrepoblado de gatos callejeros, de gatos vagabundos, de gatos poetas, de gatos artistas, de gatos cantantes, de gatos escultores y de gatos gatos. La cosa está jodida porque hay hambre y no todos aprenden que hay que ser gato a como se pueda. Los carniceros nos venden como si fuéramos gallina o conejo. Hay quien dice que somos la esperanza de una carne blanca que está desapareciendo y hay quien nos acusa de alérgicos y contaminosos. Los políticos afirman que somos parásitos y los economistas vaticinan que si pagáramos impuestos, se podría atender la deuda externa. Somos, en verdad, medio inservibles, ni sembramos, ni predicamos, pero comemos y ocupamos lu-

gar en el espacio, contaminamos y utilizamos el amor de quienes se embriagan en la mansedumbre de nuestro origen de fiera sin piedad.

Gato viejo se extrañó de sus propias palabras, no sabía que fueran tantas y con tanta propiedad de perspectiva. Se fue embriagando en ellas y sintió necesidad de decirlas, aun cuando se notara su encía inferior vacía.

Yo no puedo aconsejar, soy un simple gato viejo con un válido testimonio de sobrevivencia. A pesar de lo que me falta, me siento gato entero. Y sé que cualquiera que sea tu destino, volverás hacia preguntas eternas: quién soy y para qué soy.

Gato joven dejó de sonreír y se sintió amargo, quizás porque su cinta de terciopelo rojo lo ahogaba, quizás porque cada vez que se movía la campanita de plata le hizo perder palabras importantes, quizás porque nunca descubrió la luna azul que se había empozado en aquel único ojo azul, quizás porque aquel gato viejo le empezó a resultar insoportable.

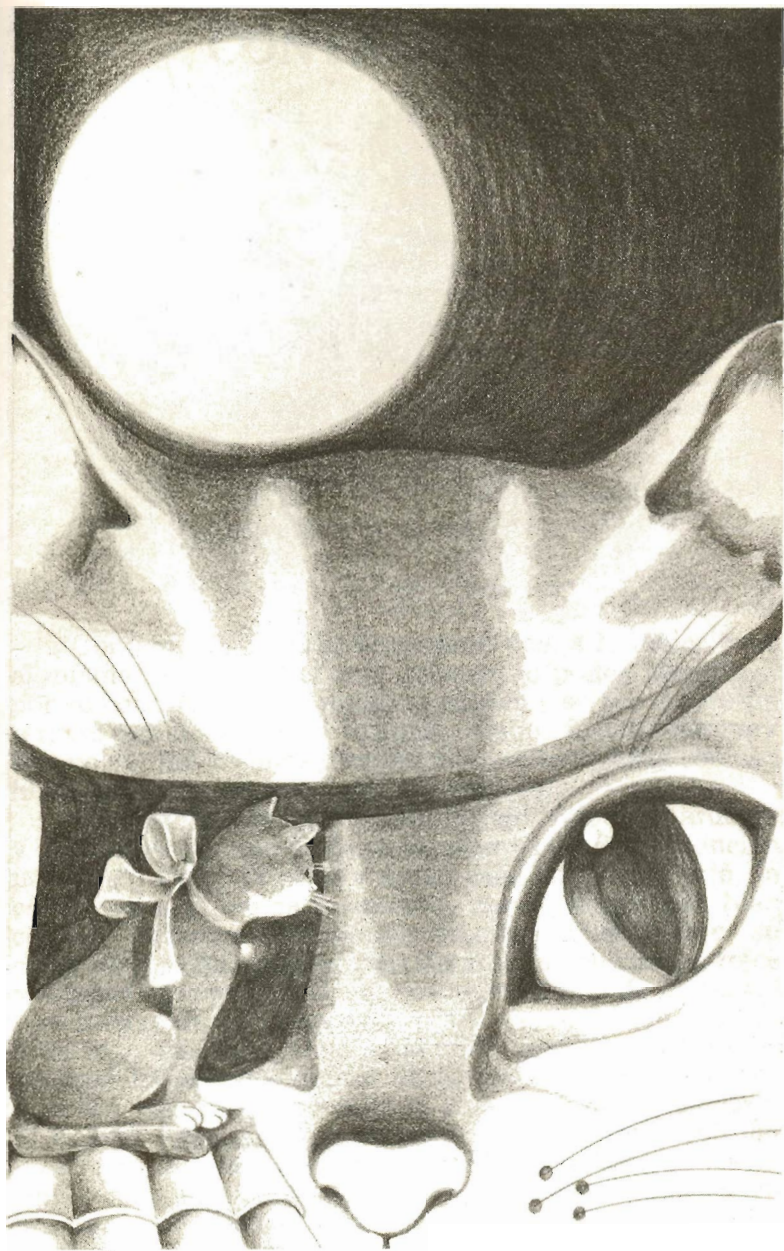
La noche, continuó gato viejo, es mi gran casa, la casa de todos los míos, porque brillo con ella, porque me confundo con ella, porque me hermano con ella, porque me despierto con ella y me alargo y me prolongo y me retozo como en la hora más larga, la que extiende mis uñas y mis maullidos, la que acoge mis quejas, la que me hace invisible y poderoso, la que me da llaves para entrar en todo, hasta en tus pendejos rincones.

Gato joven erizó su rabo y maulló angustias.

Y si tenés que escoger, muchachito, escogé lo grande, los gatos grandes aman lo grande, el rato largo, el rincón propio, el territorio absoluto, la plaza soleada, la mecedora entera, el campanario silencioso, la estatua patriota, la iglesia vacía, el parque solitario, la casona abandonada, el cucurucho sin propietario.

Gato joven lo atacó de un solo zarpazo y regresó sonriente a su almohadón de plumas, allí donde alguien lo llamaba tesoro.

Gato viejo, ya repuesto del golpe, entró con aire bohemio al parque de su noche noche. Venía maullando la canción de me buscas y me encuentras. No tenía dolor alguno, menos tristeza. Con el corazón alegre se confesaba a sí mismo que es difícil enseñar a quien no quiere aprender.



Georgina

CONTAME UN CUENTO

Contame un cuento. Te contaré dos, a lo mejor tres, al mismo tiempo. El cuento primero lo podés identificar por su color rojo. El segundo es blanco y se me ocurre un tercero que llevará color amarillo. Debés fijarte bien para que no perdás los hilos y podás así tejer tu historia con mis historias en un tejido de casi tres colores.

Ella estaba ese día vestida de rojo, rojo de atardecer y de amanecer, rojo de fruta madura y rojo de prevención peligrosa. Cerró la puerta de su casa con techo rojo, la cerró despacio, cuidadosamente, para que quedara bien cerrada. Adentro estaban sus tesoros, su libro rojo, su collar de corales rojos, su caja de música con ribetes rojos y sonidos de rojo valz. Iba de aventura al mundo de tantos horribles colores y porque de verse y verse en el espejo ya eran rojos sus ojos y roja su sonrisa. Se llamaba Roja, le gustaba lo oscuro y dentro de lo oscuro le brillaban los ojos. Era pelirroja y escondía su pelo en un pañuelo negro. Si frotaba sus manos producía un fuego intenso con llamas rojas, por eso le gustaban las piedras que no se incendiaban, sólo se ponían caliente rojo encendido y vibrante. No era bruja, ni hacía brujerías, aunque le gustaba matar moscas porque la fastidiaban y avispas cuando

la acosaban como si fuera algo dulce. Ese día salió a pasear, el sol estaba alegre, ni daba mucho calor ni picaba en la cara, apenas iluminaba generosamente casas, caminos y horizontes. Iba con la ilusión de encontrar una amiga.

Ella, con su vestido blanco, igual que sus zapatos, ya estaba en la calle desde temprano. Salió con el propósito de comprar ilusiones blancas y para eso llevaba en su cartera blanca unos cuantos pesos. Todo lo que era blanco le gustaba mucho, muchísimo, por eso se detenía a ver lenta, muy lentamente, los carros blancos, los perros blancos, las casas blancas, los manteles blancos. Su nombre es Blanca.

Cuando Blanca cruzó la calle, Roja se acercó a la avenida.

El se puso despacio su blusa amarilla, igual a sus ojos. Hoy tenía una pereza larga y sólo ganas de no hacer nada, por eso con lentitud sacó sus lápices amarillos y dibujó soles, grandes soles. Si tuviera un perro pensó, sería amarillo y lo llamaría amarillo. Entonces se le ocurrió salir a buscar un perro amarillo.

Roja entró en el parque y se sentó en una banca para pensar cómo sería su amigo. Un amigo rojo que le gustara jugar pin pon con bolas y raquetas rojas.

Blanca se detuvo en una ventana para ver la porcelana blanca que exhibía y no le gustó mucho porque la mayoría de las piezas enseñaba un ribete azul y las otras hasta florecillas de colores tenían.

El caminó más de diez cuadras sin ver un solo perro, dónde diablos se metieron hoy, apenas oyó un ladrido detrás de una puerta.

Blanca se topó con Roja, qué mal gusto con ese color tan feo y tan chillante, qué horror toda de blanco como si estuviera jugando a ángel desteñido.

El perro amarillo iba por el parque, huele que huele, muerto de hambre.

El tropezó con Roja, qué amarillo más terrible, parece un huevo reventado. Él no la vio, iba con los ojos bajos mirando amarillo el suelo gris.

Roja volvió al parque pues de lejos vio llegar a una niña con falda y camisa rojas, que quizás podría ser su amiga. En ese momento Blanca iba concretando su ilusión blanca.

El vio al perro amarillo y se admiró de su belleza flaca y abandonada.

Roja le tocó el hombro y la niña le sonrió. Ya estaba adivinado todo, sería su amiga.

Claro, se dijo Blanca, comprar pintura blanca y pintar la cerca de su casa hasta ahora de aquel color verde tan repugnante.

Amarillo era manso y estaba dispuesto a seguirlo. Le compró pan untado de mantequilla, mientras le movía el rabo con todo su agradecimiento porque aquella suerte no le cabía en su cuerpo muy flaco.

Roja jugó con la niña, quien era dueña de una bola roja.

Blanca compró la pintura y él se llevó al perro hasta el parque donde dos niñas todas de rojo jugaban con una bola roja. Blanca se cansó con el paquete y vio una banca desocupada en el parque con dos niñas rojas, una bola roja y un niño amarillo acariciando a un perro amarillo. ¡Qué confusión de mal gusto! Ya sentada cerró los ojos y vio la cerca blanca, totalmente blanca, puramente blanca.

Así estaban los tres, cuando la bola roja se desvió hacia la cabeza de Blanca, la que se paró de inmediato y sin querer majó al niño amarillo. ¿Qué pasa? Hubo gritos, disculpas y el perro ladró del susto. Roja dijo no ha sido nada, se trata sólo de una niña blanca y de un niño amarillo. Pero, a mí me duele, indicó el niño. A mí también, dijo Blanca. Y el perro lamió las manos de Blanca y después las de Roja. ¡Qué perro feo! ¡Qué perro horrible! No lo traten así, es mi perro ¿qué tiene de feo? Que es amarillo. Y ¿qué tiene de feo lo amarillo? Blanca aseguró que es feo porque no es blanco, mientras Roja al mismo tiempo declaraba que es feo porque no es rojo. Y al confesar sus preferencias absolutas, sin otra alternativa, todos se callaron, un poco avergonzados.

Blanca, con las mejillas rosadas y los ojos húmedos, dijo que no era tan feo, tenía unos dientes muy lindos y blancos. Roja agregó que el hocico rojo le daba un aire de bondad.

El niño se puso muy triste con eso de que no les gustaba el amarillo, pero no pensó que él detestaba lo rojo y lo blanco.

No estés triste, dijo Roja, no lo estés, añadió Blanca, ¿qué culpa tenés de que no nos guste el amarillo?, ¿qué

culpa tengo yo de que sólo me guste el blanco? El niño le preguntó, y ¿te gusta el rojo? No me gusta, es horroroso. Caramba, brincó Roja, qué mal gusto tenés. Estoy segura, se defendió Blanca, que a ustedes no les gusta el blanco. Entonces se quedaron todos callados.

Blanca cogió su paquete dispuesta a marcharse. Roja se despidió de la niña roja. El niño alzó a su perro amarillo.

Y ¿nunca más se volvieron a ver? ¿Quiénes? El niño amarillo, Blanca y Roja. Claro que se vieron muchas veces y pasaron buenos ratos juntos. Algo de lo que pasó aquel día en que se buscaba un amigo, una ilusión y un perro, se metió por un hueco de las cabezas, no es nada agradable sentir que para unos resultamos gratos y para otros ingratos. Y ¿qué fue lo que se les metió? Dije metió y es mentira, la palabra correcta es salió. ¿Qué se salió? Un poco de blanco, otro de rojo y bastante de amarillo, porque sabés que cuando el niño bañó al perro amarillo resultó que era blanco y cuando Blanca pintó la cerca quedó rosada y cuando Roja se vio al espejo encontró sus ojos amarillos y su sonrisa blanca.

N

me pregunta usted dónde queda



E

Georgina

S

I

Se me ocurre pensar que los paraísos tan buscados por todos, son ausencia de ciertas molestias repetidas constantemente sobre cada quien. Eso de tener siempre una cara, sin esperanza alguna de variación, y que los demás encuentren en los rasgos la monotonía de lo mismo un poco más viejo; o eso de no ser por momentos largos el otro o los otros que llevamos adentro y sólo aparecen a ratos en los sueños con una identidad que los demás no conocen ni pueden conocer, pues al mundo onírico viajamos solos con la soledad de miedos, deseos, caras, aspiraciones, y así montamos el mejor retablo de espontáneos dobles y hasta jugamos a dioses para desterrar de la vida a parientes, amigos o enemigos, y también nos morimos cuando nos da la gana o el temor no tiene otra salida.

O quizás la obligación de trabajar, que suena muy bien en la página patriota, en el tratado filosófico o en el libro de economía, y resulta algo desboronador como realidad diaria mirada sin hipocresías y sin la ilusión de remuneraciones que pinta de compras los días de pago.

Menos cruel, pero igual de agobiante, se asoma el límite concreto de nuestras pequeñas y grandes cosas, que

se convierten muy pronto en objetos invisibles de un mirar acostumbrado o en momias de una pesadilla constante, en que aparecen figuras refinadas en el cruel arte de robarnos espacio, luz y aire.

Los paraísos son algo así como las escapadas voluntarias a la inexistencia de lo molesto y cargoso, y por esa razón están llenos de lo que no aprisiona, ni desgasta, ni cansa, ni incomoda.

Y cada uno tiene su lugar paradisiaco y en él, con imaginación o sin ella, pone aquello que se fuga en brillos metafóricos como las ideas en el ocio infrecuente del pensar sin andamios o el amor como un rito de viajes a la profundidad desnuda, donde las palabras son un velo más que cae en la inercia poética de sentirse creciendo.

Los hombres con imaginación llevan su paraíso perdido con la tristeza de grandes señores desposeídos de su verdadera tierra.

Los hombres sin imaginación tienen un paraíso olvidado, porque simplemente no se atrevieron a recordar un sueño y en el tejemaneje de lo cotidiano creyeron en la medida de los días y en el tiempo que marcan los relojes.

Unos y otros tienen nostalgias y a veces los deprimen y en ocasiones los exaltan, nostalgias que los llevan a reconocer con regocijo los parajes más insólitos o a sentirse extraños en su casa, en su calle, en su barrio, o a ver en otro rostro una alianza sin ciudadanía o a palpar una comunión de lejanos inconscientes iguales o a verificar diferencias entre signos comunes de un vecindario promiscuo en oficios, intereses y familias.

Yo no tengo ni paraíso perdido ni paraíso olvidado porque una parte mía nació en Olo. Pero sí llevo en la frente el dolor de una nostalgia hecha instinto de regreso.

II

Olo tiene pocos pobladores, pues se nace allí sólo en partes y a lo largo de la vida regresan quienes se integran al todo olototal. Sin embargo, hay niños, jóvenes y viejos porque algunos tienen la magia de ser y permanecer olanos.

Cuatro picos de montaña señalan los puntos cardinales y sus sombras marcan las horas sobre un valle de pasto verde fresco, donde llueve musicalmente de siete a



Georgina

ocho de la noche, cuando se está en las entrepuertas del sueño y la lluvia toma el ritmo de mecedoras canciones, que entonan en las memorias la musicalidad de arrullos y cunas sobre la fascinante sugestión de ser riachuelo con camino a la fuerza paternal del río, y de llegar más lejos hasta el regazo azul cambiante del mar con la serenidad de la vela.

La gente de Olo se acuesta temprano para levantarse al amanecer, ver el cielo entero cubierto de estrellas y sentir la inmensidad del espacio como una mano abierta que señala grandezas y pequeñeces. Cuando una luz se desliza entre las avenidas de estrellas, igual a la figura traviesa de un candil en el desfile ordenado de las luces eléctricas, niños, jóvenes y viejos entienden el mensaje que enseña el cielo cuando se convierte en espejo y contesta oraciones. Luego contemplan la lucha del alba y las lanzas de colores iluminan sus rostros, donde se encuentra la paz peregrina del nacimiento.

Cada día en Olo es un nuevo día sin inventario semanal, la plenitud del tiempo está llena de ahoras y el valor del después no se conoce en el lenguaje silbante de lo sincero.

Caminillos de yerba y flores llevan a las casas, que no tienen puertas ni llaves. Una pequeña plaza de lirios y azucenas o de jacintos y hortensias o de amapolas y margaritas o de dalias y rosas, antecede los corredores con barandas de enredaderas por donde zumban abejas y ronean colibríes. En las casas no hay armarios ni bodegas, menos almanaques, se tiene lo necesario para caminar sin temores, trabajar sin agobio y vivir sin la presencia de pirámides sobre la espalda encorvada en reverencias que persiguen las sombras de imágenes perdidas. Un solo dormitorio encierra la intimidad de la familia y en él se come y se habla, se cocina y se lee, se reflexiona y se crece en actos de amor tan limpios como profundos.

Grupos desordenados de jaúles pintan en el valle la hojarasca casi amarilla del otoño, pinos y cipreses en el horizonte recuerdan la verticalidad del invierno, ramas de olmos y de higueros sostienen la perennidad de la primavera y el verano se extiende con las manos repletas sobre el dorado florecer de la yerba.

Por un camino de cangilones sin peripecias, que cruzan los bordes bajos de la cordillera, van los olanos al mar

cantando estrofas de sal y arena. En las playas hacen hogueras de canciones y de rondas, en rituales de bautizos, matrimonios y despedidas, pues allí se dejan a los que abandonaron el aire y ya no ven las batallas del alba por los picos de los montes. Los dejan con las manos a lo largo del cuerpo, los ojos abiertos y un remo de cedro para el viaje hacia el seno materno del agua. No lloran los olanos en las despedidas, saben que en la eternidad del mundo tiene algún lugar la muerte. Varios de ellos, los más viejos, lo creen más lindo que Olo y entonces se envuelven en la rara nostalgia del peregrinaje que necesita avanzar en el ciego deseo de retener la aurora.

El trabajo en Olo es oficio de vocaciones. Cada quien hace lo suyo para él y los demás. Cualquier labor encuentra sentido. Los niños juegan a demoler las casas de aquel tiempo en que Olo fue distinto. Con la tenacidad de jornadas sudorosas, en combinación de ritos misteriosos que se tornan en la magia de claves palabrescas, ladrillos y maderas se fueron en la velocidad de los riachuelos. Las ruinas se hicieron cada vez más pequeñas y de algunas de ellas sólo queda el lamparón vacío de la yerba.

III

Un día llegó a Olo un caminante y no se cansó de admirar la belleza del valle. El pobre había tenido un problema con las autoridades de su país, contaba que allá se llegó a creer en el mando como misión y en la obediencia como destino de los demás, y él fue desterrado por no manifestar su complacencia a una de las tantas medidas que tomaban los señores mandones. Los olanos lo escucharon con respeto, sin entender del todo sus palabras, pues aquello de órdenes, mandos, ejércitos, miedo y decretos les sonaba a lengua extraña. Si no hubiera sido por su fe dispuesta a creer en las palabras como nombres reales de hechos, seres y cosas, habrían dudado sobre la capacidad mental del visitante.

Luego de un tiempo de compartir casa, comida y trabajo, pidió que se le considerara ciudadano de Olo. Tal solicitud era inusitada para la gente que simplemente se sentía parte de aquel lugar como los árboles, los ríos, los montes y el valle. Le dijeron que la ciudadanía debía encontrarla él mismo. Más se sorprendieron cuando pregun-

tó en qué sitio podía hallar los papeles y ante quién debía iniciar los trámites. Después de meditar aquel lenguaje desconocido, la respuesta fue de que en él mismo. El visitante dijo que ya sabía y estaba listo para ganarse el privilegio de ser ciudadano de Olo.

Así empezaron los problemas. Mientras la gente trabajaba, el hombre empezó a enseñar métodos más rápidos y fáciles, pero tan mecánicos y monótonos que no iban al ritmo de las canciones ni permitían el cuidado necesario para no alterar la naturaleza ni hacer daño a los animales. Un olano ante la insistencia atarantadora de los consejos perdió un dedo, que había enhebrado en la maleza que cortaba. Cambió entonces de táctica el visitante y sugirió a la hora del amanecer que se organizara un comité de vigilancia, "con el propósito —así fueron sus palabras— de resguardar las propiedades". Como nadie comprendió sus planes, no hubo respuesta y el hombre que entendía el silencio por asentimiento inició las actividades de reclutar a los guardas. Sólo encontró dispuestos a los niños, quienes pensaron que se trataba de un juego para alargar la noche y sorprender más temprano el alba. Cuando vieron que la instrucción los obligaba a marchar en fila, a sacar el pecho y quedarse sin aire, a mirar para todos lados con un gesto de sospecha que espantaba las mariposas y a usar hondas y piedrecillas que hacían levantar el vuelo asustado de los pájaros, los niños desertaron sin más explicación que el "no queremos".

Creyó que la acción por pequeña y dispersa había sido incomprendida aun por los niños. Claro, se dijo, aquí se necesita la estructura completa de un gobierno y no sólo un batallón aislado de vigilancia. Aquella noche el trabajo lo desveló, hizo cuadros de autoridades que partían de una cabeza asistida y regulada por los poderes que dictaban las leyes o las aplicaban o se dedicaban a organizar el proceso electoral para la selección democrática de la cabeza. Al día siguiente, desmenuzó los cuadros en más cuadros y así llegó a dar empleo público al último olano y aun faltaron, por lo que tuvo que acumular varias posiciones en una sola persona. Lleno de entusiasmo, quería comunicar sus grandes planes a la gente, pero prudente pensó en la necesidad de rematar el trabajo con la redacción de leyes, estatutos y reglamentos.

Tardó más de un mes en estas labores, pues le preocupaba el uso de las palabras y no quería dejar portillos

para que después se malinterpretaran las redacciones. Cansado, pero con la satisfacción de lo hecho, el hombre convocó a los olanos a la plaza central, labrada con conchas, caracoles y guijarros marinos. Ya reunidos oyeron el discurso elevado del visitante, cuya parte inicial fue la explicación sobre la necesidad del gobierno y eso del pueblo, para el pueblo y por el pueblo. Escucharon la lectura de las principales leyes y vieron los cuadros, para algunos semejantes a encierros que detestaban, pues por mutuo y silencioso acuerdo se había eliminado en Olo la línea recta y todos sus ángulos y vértices, sólo se usaban los círculos.

Con voz ronca, el hombre concluyó solicitando la venia para establecer la organización descrita, y sin la ilusión encefaladora que inflamó el discurso de palabras convincentes, pudo constatar que los olanos estaban distraídos desde hacía un rato largo viendo las bandas de pájaros que a esa hora revoloteaban sobre la plaza. No era fácil penetrar las almas ingenuas de los olanos, integrados a la formación simple de la naturaleza.

Pensó el hombre que aquella organización tan primitiva necesitaba elementos primitivos. Seguro de que había dado en el clavo, esperó con ilusión un nuevo amanecer. Entonces, mientras los olanos veían el cielo, empezó a hablar de un dios con el acento curioso de la magia. "Era lo que no era hasta que la fuerza ordenadora del principio se extendió en cadenas de causas y efectos". La gente estaba convencida de que aquel hombre no podía permanecer en silencio y necesitaba del discurso como alimento. Lo dejaron hablar hasta que un niño lloró de *aburrición*.

El visitante, desesperado por radicarse, creyó que su labor debía ser solitaria en aquel extraño lugar sin gobierno ni preocupación metafísica. Las palabras y las ideas no eran convincentes, pensó que quizás la belleza y la bondad de la naturaleza no las hacían prosperar. Además, los hombres tendían de manera ingenua a las grandes creaciones cuando bastaba con una pequeña. Algo productivo y sencillo, se dijo y se repitió seguro de que había dado en el clavo. "Otras gentes necesitan conocer este lugar, traerán dinero y les fascinará este aire puro, esta tranquilidad, hasta las casas simples y originales de los pobladores".

Diseñó anuncios, hizo rótulos, escribió propaganda, pero encontraba una dificultad en el nombre sencillo y escueto de Olo. Convencido de que la denominación estaba integrada al fondo y a la forma de las cosas, probó una hache inicial y le satisfizo el sesgo interesante del cambio. "Holo sin duda es más distinguido". No satisfecho agregó otra hache al final. "Holoh se ve estupendo, extraño, exótico". Y la hache intermedia le hizo erizarse de complacencia, el toque de sofisticación se había logrado. Preparó más de cien rótulos de "Holhoh", con señales y flechas: "Por aquí a Holhoh", "Bienvenido a Holhoh", "Adelante a Holhoh", "Visite Holhoh".

Bajo la lluvia de siete a ocho colocó en diversos sitios los cartelones. Al día siguiente con muy buenos modales los olanos lo llevaron a la frontera, con el atento ruego de que no volviera.

IV

No conozco a todos los olanos, pero recuerdo a algunos cuantos. Al más viejo de ellos me parece verlo sentado entre los árboles, no a manera de búsqueda umbrosa sino con el propósito de compartir con los dueños del follaje alto. Ahí en la soledad que pone rumores de hojas y ramas, el viejo bordaba alfombras con el gesto viril de un artista. Sin modelo, al antojo de hilos y puntadas, iba trazando los esponjosos hilvanes y mientras lo hacía apuntaba en la yerba los más brillantes pensamientos. Si uno estaba cerca podía oír aquellas voces llenas de sabias miradas sobre las cosas más profundas y oscuras. Cuando le pregunté el por qué de sus reflexiones, parecía no recordar lo pensado y se limitó a enseñarme los arabescos inconclusos. Una vez al insistir encontré en sus ojos la turbiedad de las lágrimas. Desde ese día respeté su soledad entre los árboles.

Había dos olanos muy amigos, donde iba uno lo seguía el otro, sin saberse ni aclararse quien seguía a quien. Juntos cultivaron un campo de frambuesas y juntos las repartieron a los demás sin preocuparse de cuanto quedaba para ellos. Hablaban siempre en el plural generoso del amor. Los recuerdo ir muy tristes camino al mar. El otro no quiso regresar, se quedó en la playa, junto al remo del hermano. La gente respetó su dolor como también había respetado aquel lenguaje de silencios que existía entre los dos.

La abuela olano era muy grande. En su regazo ca-
bían ocho y aun más niños. Con pasos tambaleantes y cor-
tos, tan lentos como sus historias de pájaros y flores, re-
cogía palos secos para su horno. Ella hacía pan dulce,
quesadillas y bizcocho. Me quiso mucho la abuela y cuan-
do me vio partir, levantó su mano como si fuera una espi-
ga que esperaba mi regreso. Al llegar la encontraré con
su cara sonriente y levantará su mano con un gesto de
cuento en suspenso.

Recuerdo a la ronda de niños que se encargaba de
recoger la miel de los panales sin molestar a las abejas.
El plan a seguir era sencillo, primero recogíamos las flo-
res más aromosas y las derramábamos por donde las abe-
jas buscaban el hilo de sus alquimias. La novedad del
campo libre y fértil las alejaba en manadas del panal y
entonces se podía destilar sin ofender a las abejas, que en
Olo carecían de ponzoñas. La precaución fue siempre un
signo de cortesía en homenaje al derecho de sus hacien-
das, que todavía no habían aprendido a compartir con
otros.

Con estos niños emprendí grandes jornadas de
aprendizaje. Eramos cinco y los mutuos acuerdos en los
juegos fueron lección de convivencia y respeto cuando el
egoísmo estaba más despierto y era más impulsivo en la
ingenuidad de sus exigencias. Aquella distribución de pa-
peles y de turnos, creó una paz espiritual que no admitía
resentimientos ni berrinches, cada uno estaba dispuesto a
dar y recibir sin anotaciones ni dividendos. Y mi grupo se
extendía hacia otros y se mezclaba gozoso, ausente de
competencias o de extrañezas. La preferencia que priva-
ba en todo era la de disfrutar compañía y momento, con la
conciencia de jugar un juego honesto en que se celebra-
ban victorias y derrotas.

Recuerdo también a las mujeres que lavaban en los
ríos, desnudamente bonitas como el agua, las piedras y
las algas. A los hombres me parece verlos cuidando la
tierra, doblados frente a la alegría de los retoños. Sobres-
alían entre las hileras de vegetales como cuerpos ambu-
lantes que donaban generosos su cansancio. Otros en ta-
lleres o telares, formaban cuadros de tenacidad viril o de
entretenida labor en que se conjugaba ágilmente la pa-
ciencia con la destreza.

Recuerdo los frecuentes almuerzos en la campiña, en que se cantaba y bailaba sobre una música de murmullos y palabras.

No recuerdo a mis padres olanos, quizás no existieron porque hubieran sido demasiado propios en un lugar donde todo era de todos.

V

Lo triste es que las cosas malas tienen su lugar y su tiempo.

Fue en la playa, aquel día de bautizos en que las gaviotas volaban asustadas como si presintieran el peligro. Un yate de gente extraña trazó líneas de espuma en el mar que se puso revuelto. Nos rodearon con miradas curiosas, esas miradas inventario que caerían después y siempre sobre mí. Tomaron fotografías y se rieron mucho de vernos desnudos, tanto que nos hicieron avergonzarnos y huir entre las rocas, pues nos trataban de cazar como si fuéramos animales rabiosos.

Quedé entre Terráceo, Piseo y Venteo. Mis compañeros me llamaban, me llamaban ... aun recuerdo sus voces, que en las noches claras, llenas de estrellas, vuelven con tonos de gemidos.

Terráceo necesitaba andar por las torres, para sentir la distancia de los seres y de las cosas. Cuanto más lograba subir, el peso de una ansia de mayor altura le hacía perder su perspectiva. Nunca quiso ver desde el lugar plano de uno mismo, con la presencia a la par de lo que se acerca o se aleja. Creía en la visión de las alturas, en la gran síntesis que envolviera al mundo, en la frase enorme que tuviera repercusión en todos, aun cuando sentía miedo al vértigo y había olvidado deliberadamente los contactos inmediatos cuando anduvo por lo plano. A mí me miró con cierta condescendencia y se extrañó al advertirme tan distante, extrañeza que se convirtió en una definición esquemática (ése es su vocabulario) para elaborarla en el futuro y encasillarme en un concepto: "Primitivo ser que evolucionará al incorporarse a la cultura". Pobre Terráceo, poco he aprendido de él, salvo la trágica enseñanza de que la altura no se alcanza en las terrazas y las torres.

Piseo me pareció más olano, hasta llegué a creer que vivía como yo una vida de regreso. Se conformaba con lo

que iba encontrando a su paso. Todo lo recogía, pues estaba empeñado en hacer un canje de colecciones. Empecé imitándolo, con la convicción de que había en él alguna fuerza vital encaminada a desgastarse por algo sagrado y valioso. Piseo no pasaba de cambiar y cambiar lo que encontraba a su paso, algunas veces ponía en ello el empeño de su esfuerzo y de su salud. Sin importarle el significado de los canjes, el pobre Piseo se asfixiaba lleno de objetos innecesarios. Lo peor es que la única satisfacción que lograba después de su trabajo ambicioso, era mostrar a los demás Piseos, Terráceos y Venteos lo que tenía. Una vez enseñados los objetos, la ilusión de su pertenencia se desvanecía y Piseo se desvelaba por otras cosas, sobre todo si su vecino o su pariente era dueño de ellas. La diferencia con Terráceo se podía simplificar en que Piseo no pasaba de mirar lo cercano y se perdía completamente en su análisis, pues no logró superar el inventario de sus propios haberes y el de los demás. Aprendí de él que la planicie era un juego absurdo de seguridades.

Venteo era completamente diferente. Negaba la realidad y creía en los sueños realizadores. Lo cotidiano no le preocupaba, seguro de que alcanzaría de algún modo lo diferente, que soñaba con los ojos abiertos sin ningún esfuerzo de imaginación. Los juegos de azar y las loterías y la buena suerte, eran sus caminos preferidos. Todo lo apostaba y por eso iba siempre como un emigrante o un peregrino tras la huella de los buenos vientos. Se sonreía con frecuencia espantando la tristeza, muy de mal agüero para sus lances. No creía en la estabilidad ni en las ceremonias, salvo en el campo espontáneo de sus sueños. Me entusiasmó tal desapego hasta que vi en los ojos de Venteo los mismos símbolos que existían en los de Terráceo y Piseo, sólo que estaban enlazados por un hacer sin el menor esfuerzo.

Alrededor estaban las combinaciones Terráceo-Venteo, Venteo-Piseo, Terráceo-Piseo, etcétera, etcétera, pues se daban variantes según el más o el menos de cada influencia.

Empecé a sentir una gran nostalgia por Olo, que me llevó a decir las cosas más simples, cosas como éstas:

VI

Olo es el lugar más lindo que conozco. Ahí nació una parte mía, sólo una parte, muy pequeña por cierto. Mientras Terráceo llora distancias, Olano vive proximidades. Cuando Piseo mide sus cansancios, Olano siente de nuevo el alba. Al quejarse Venteo de tantas fronteras, Olano mira tranquilo un mundo que nace desde Olo con la fuerza justa de la mano extendida.

En Olo no hay calles, ni autopistas, ni edificios altos, por eso no aparece en el mapa ni lo visitan los turistas. Tampoco tiene iglesias, a nadie se le ha ocurrido hacerlas, y gracias a la carencia no se oyen sermones ni se hacen citas bíblicas, no se reciben confesiones ni se ponen penitencias.

Olo es en verdad hermoso, allí los viejos y los niños no estorban, es más tienen plazas y conversan y juegan juntos. Se me olvidaba decir que no tiene museo, porque no tiene historia ni cultura ni tradición ni archivos. Se vive en Olo sin memoria, a nadie le importa lo que pasó ayer, y lo que es increíble: no hay bancos porque nada se guarda y la economía es un gasto, un gasto diario. Tampoco hay escuelas, lo bueno se aprende en los jardines y lo malo nadie lo recuerda.

Una parte mía muy pequeña nació en ese sitio, lástima que alguien me trajera hasta aquí y me presentara a los Terráceos y a los Piseos y a los Venteos.

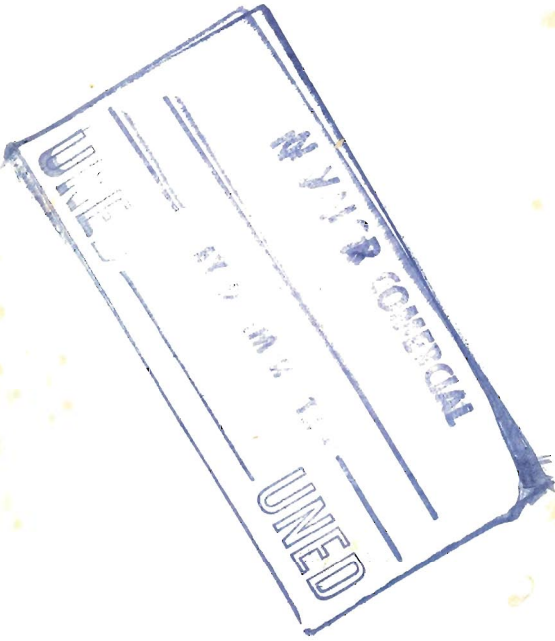
Me pregunta usted dónde queda Olo. Pero usted cree que si lo supiera, estaría aquí.

2891 JGA 01

Este libro se terminó de imprimir en el mes de noviembre de 1984 en los Talleres Gráficos de la Editorial EUNED. Su edición consta de 2.000 ejemplares, impresos en papel conaset 75 gramos con forro de cartulina gofrada. Estuvo al cuidado de la Dirección Editorial de la UNED.

Diseño de portada: *Georgina García H.*

10 ABR. 1985





EDITORIAL UNIVERSIDAD ESTATAL A DISTANCIA